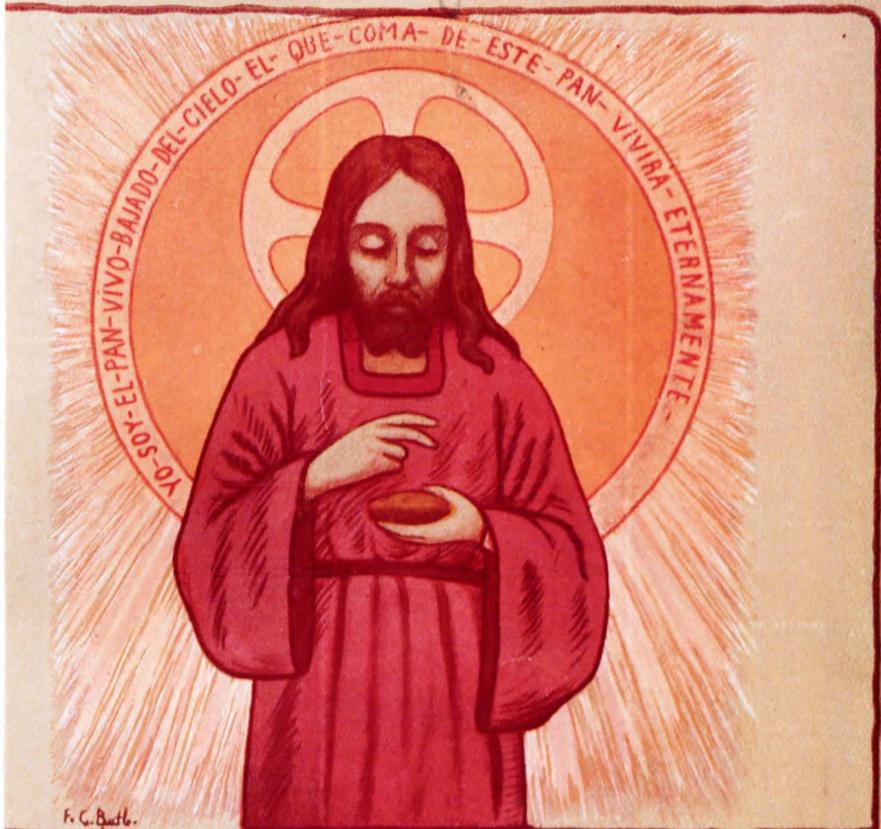


80 Arg xii 786



PAN BAJADO DEL CIELO

POR

MARIA RAQUEL ADLER - AÑO 1934



A la Señora Edith Faupel,
con mi estima profunda y
ardiente deseo de mantener este
intercambio intelectual

María Kaprielian,
PAN BAJADO DEL CIELO

s/c Don Bosco 37

Bernal F.C.S.

Argentina



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

OBRAS DE MARIA RAQUEL ADLER

Revelación.

Místicas.

Cánticos de Raquel.

La divina tortura.

De Israel a Cristo.

Pan bajado del cielo.

Pan Bajado del Cielo

AUTO SACRAMENTAL

Dividido en un prólogo, tres actos y seis cuadros

POR

MARIA RAQUEL ADLER

Portada de Fray Guillermo Butler.



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos Argentinos de L. J. ROSSO, Doblada 951-66

1 9 3 4



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

*Hecho el Registro de Propiedad
Intelectual. Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.*



1937.932

Buenos Aires, Octubre 3 de 1934.

Puede imprimirse

Fdo. ANTONIO ROCCA
Vic. Gen.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

Al Lector:

Un desequilibrio espiritual muy marcado invade el estado actual del mundo. Una honda angustia ensombrece los ámbitos espirituales de la vida.

Estas circunstancias se acrecientan en el hombre de este siglo, ya que ninguna herencia sobrenatural inmediata lo vivifica para su unión con Dios.

El liberalismo individual, el positivismo científico, y todas las fuerzas tenebrosas e inquietantes que de ellos derivan, han alejado a la humanidad de los dominios immanentes y vivificadores del Cielo.

El hombre de hoy debe pulsar su alma triste y cansada, debe de ajustar su corazón disperso, y acercarse a los misterios sobrenaturales.

La Santa Eucaristía es el amor de los amores. Su inmensa potestad, su misma definición: "Comunión" la identifica, y le presta un significado de universalidad, de justicia compartida, de comunidad espiritual de todos los hombres en la tierra.

La Santa Eucaristía es por consiguiente una fuente eterna de fe, de amor y de justicia.

"Pan bajado del Cielo" ha sido escrito con un fervoroso sentimiento de cantar el misterio eucarístico, y para mantener en un estado permanente la alta amistad con Cristo.

M. R. A.

Octubre de 1934.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

PERSONAJES QUE INTERVIENEN

ACTO I Pastores I y II
Sara
Hebreo
Abrahán
Lot
Rey Bara
Melquisedéc
Un ángel

ACTO II La Samaritana
Jesu-Cristo
Felipe
Andrés
Simón Pedro
Un anciano
Una mujer
Un adolescente
Un joven
Un ángel
Hombre I y II
El pueblo

ACTO III Jesu-Cristo
Angel I, II y III
Los doce discípulos
El Sacerdote
Un niño
Una mujer
Un hombre

COROS



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

THE
MAYOR
OF
THE
CITY
OF
NEW
YORK

1877

PROLOGO

I

Buenos Aires, cabeza de las tierras de América,
En que un sol indio aún dora tus pampas y tus playas
Voz ardiente de un mundo nuevo por la conquista
De la tierra y del hombre; conciencia que separa
Con un grito las fauces ávidas y sedientas
Sobre los negros pozos de la codicia alzada,
Del corazón gozoso de los hombres, que avivan
La lámpara encendida mientras lloran o cantan.
¡Buenos Aires, tú eres sobre la faz del mundo
La nueva ciudad magna!
Como aquella que espera la cabeza rendida:
¡Jerusalén la dulce, la hondamente cuitada!
Y como la que reza la frente erguida siempre;
¡Roma, ciudad celeste, y Roma ciudad santa!

II

¡Eres la iluminada, Buenos Aires en vial
Con una indescriptible y honda resplandecencia.
La claridad del cielo se desliza en las fuentes
De los días señeros con divina impaciencia.
El Río de la Plata refleja hoy en sus olas
El múltiple repliegue de la ciudad que empieza
A crecer en tus barcos, tus diques y tus muelles.
El fragor y el estrépito de su ancha cabeza.
Y por las avenidas, las calles y los barrios,



En las encrucijadas de todas las arterias,
Los hombres, las mujeres, los niños que llegaron
A conocer de cerca tu verdad y tu fuerza,
Vienen a saludarte en la magna asamblea.
Y comerán del pan bajado de los cielos,
Y beberán del vino de la divina esencia.

III

¡Buenos Aires, ahora eres la ciudad santa;
Eres la dulce esposa, la ciudad prometida!
Tu Palermo es un bosque, en que un lago sonríe:
Tiberiades gozoso, en que Jesús avanza,
Y a los hombres enseña aquel sitio encumbrado,
Y bajo un cielo nuevo, colina bendecida.
Palermo, elevación alzada hasta los cielos,
Y hacia los cuatro puntos cardinales abierta.
Altar de los altares de gracia revestido.
Estrado en el Cenáculo que el Verbo transfigura
En el Cuerpo de Cristo a todos los altares.
Sacerdocio solemne con la cruz encendida
Del Sumo Sacerdote, que se oficia a sí mismo.
¡Eternidad de luz que la historia ilumina!
¡Oh, Buenos Aires múltiple, fruto maduro y prieto,
Cristo sobre tu frente sella su Señorío!

IV

Millares de mujeres, de hombres y de niños
Desembarcaron ágiles en nuestras playas anchas.
Vienen desde lejanos países del Oriente,
De todas las Américas y de la vieja Europa.
Por ríos y por mares, sobre valles y montes,
Los vientos y las nubes y el sol los acompañan.
Sus bajeles radiantes de fuerza, fuego, empuje,
En sus proas lucieron siete estrellas cambiantes,
Bajo siete colores de un arco iris nuevo;
Subieron siete montes, rompieron siete amarras,
Y navegaron luego sobre los siete mares
Para llegar a tí ¡oh, Buenos Aires mía!
Ciudad rendida y justa, con que el cielo te hermana.

V

¡Oíd desde las alturas la voz que os reclamaba!
Hombres, mujeres, niños, que cruzásteis senderos
De mares y de tierras; oíd desde la altura
Las fanfarrias que anuncian los místicos salterios;
Los tímpanos de gloria que os saludan gozosos;
Los coros de los ángeles que mecen el misterio
De la sagrada Hostia con cánticos excelsos!
¡Cargad vuestras banderas y bendecid el suelo!
Cristo aquí os espera y os da la bienvenida
En el Verbo hecho carne, Pan bajado del Cielo,
Jesús Sacramentado se os dará todo entero.



¡Hombres, mujeres, niños, mirad en las alturas
La estrella deslumbrante sobre los altos cielos;
Punto multiplicado, resplandeciente y vivo,
Que os guiaba los pasos seguros y certeros;
Estrella que os atrajo como el astro maduro,
Que en Belén fué el fruto cargado de misterio
En el engaste vivo del Verbo hecho carne.
¡Cargad vuestras banderas y bendecid el suelo!
Cristo aquí os espera y os da la bienvenida,
Jesús Sacramentado se os dará todo entero.

VI

¡Pange, lingua, gloriósi,
Córporis mystérium!
¡Callad voces del mundo, apagad todo ruido!
¡Sosegad los rumores que la vida despliega!
La Cruz abre sus brazos con amor infinito.
Las multitudes sueñan; los pechos se prosternan
Las rodillas del hombre son columnas del alma.
¡Callad voces del mundo, apagad todo ruido!
¡Dejad fluir el grave y el solemne silencio!
Las multitudes cantan con acentos sublimes
Y en los cielos los ángeles acompañan gozosos:
"Adórote devóte látens Déitas
quoque sub his figuris vére latitas".

¡Callad voces del mundo, el silencio en la altura
Y el silencio en la tierra sobre el mundo aletean!
Jesu-Cristo ha bajado a nuestra dulce tierra
En el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo;
Y en la Sagrada Hostia a nosotros se entrega
En toda la pureza de los cielos excelsos,
Y en la hermosura diáfana su potestad ofrenda.
¡Callad voces del mundo, el silencio en la altura
Y el silencio en la tierra sobre el mundo aletean.
Jesús en nuestras almas florecerá el milagro:
"Pan bajado del cielo" en su divina herencia.
¡Pange, lingua, gloriósi,
Córporis mystérium!



PRIMERA PARTE

PRIMER CUADRO

(Valle cerca de Hebrón. A lo lejos se distingue un altar, en forma de una mesa de sacrificio. Espirales de humo suben hasta el cielo, que parten de los animales que en holocausto a Dios se sacrifican. Más adelante se ven algunos corderos que pacen en el césped. En un costado se perfila la vivienda de Abraham, de donde luego saldrá Sara.)

PASTOR I

Lot ha partido hacia una dulce vega
Mecida por las olas del Jordán.
Y Abraham,
Que es rey de multitudes le decía:
"Hermano Lot, hermano Lot,
Un día,
Los dos encontraremos la verdad."

PASTOR II

¡La verdad, la verdad!
¿Qué es la verdad?



PASTOR I

Así dijo Abraham a Lot
Los dos encontraremos la verdad.

CORO:

La nueva alianza alza un arco eterno
De la verdad.
Ancha bandera de los cielos
Abierta sobre montes, sobre ríos;
Clarín que entona la celeste armada
De Jehová.
Sobre el océano ilimitado,
Boga una armada,
Sobre las aguas, sobre las aguas de la verdad.
Y la palabra de Jehová,
En nuestras vidas reina por siempre
Su voluntad.
Ancho océano de olas mansas
Es la palabra de Jehová,
Que en nuestras almas
La antorcha nueva encenderá.
La nueva alianza alza un arco eterno
De la verdad.

PASTOR I. (Que con el otro pastor escucharon enbelesados el coro y sus voces, que según ellos, es un llamado de Dios, prosigue con vehemencia el relato).

Palabras recias, palabras buenas
Dijo Abraham;
Y Lot oía,
Y Lot sabía,
La dulce causa,
El férreo anhelo
De su ansiedad.

PASTOR II. (Le interrumpe para proseguir el relato)

Y dijo Abraham:
"¡Oh, Lot mi hermano,
Mi hermano Lot!
Tú a la derecha,
Y yo a la izquierda
Iremos hoy.
Ante tu vista la tierra es tuya;
Ante mis ojos el sueño es mío:
Rebaños blancos de corderitos
Son tuyos Lot.
Majadas, tiendas, cabañas, siervos,
Los míos son".

PASTOR I. (Prosigue a su vez)

Hoy Jehová
Sonríe y mira,
Ama y bendice



Ya nuestra eterna y fiel unión.
Hermano Lot,
¡Oh, Lot mi hermano!
Tú, a la derecha,
La izquierda yo.
Tales palabras las sostuvieron
Abraham y Lot.

(Sale de la vivienda Sara. Su mirada escruta la
lejanía).

SARA

Cae la tarde sobre las vegas, sobre los ríos,
Se ha ido Abraham.
¿Hacia qué montes
Su alma eleva?
¿Sobre qué valles
Su ansia extiende?

PASTOR I. (Prosigue, casi ensimismado)

En Sodoma y Gomorra,
Fecundo suelo, tierra del Jordán;
Verde como las hojas de la yedra;
Roja como los frutos en sazón;
Cálida y tierna, y dulce y vigorosa.
Es Sodoma y Gomorra a mi Señor.
Sobre esa vega del Jordán
Dijo Jehová a Lot;

"Occidente la tierra es tuya,
Oriente es la de Abrahan".

SARA. (Pensativa, con la mirada lejana)

Hermano contra hermano se juntaron,
Y con nobleza dividieron
La túnica que hasta hoy los envolvieron.

PASTOR II

Sobre la vega del Jordán,
Lot halló por un tiempo
La ansiada vida de amor y de paz.

SARA. (Recobrándose)

Otro destino a Abrahan depara.

PASTOR II

Distinto sino a mi Señor señala.



PASTOR I

Jehová le dijo:

“Mira hacia el norte y hacia el sur:

Y luego al este y al oeste.”

PASTOR II. (Le interrumpe).

“Tierras de bendición

Ante tu vista;

Mares de profusión

Ante tus ojos.”

SARA. (Consternada prosigue)

“Todo esto es tuyo Abraham,

Yo te lo doy.

¡Levántate y corre ese país!

Nadie podrá contra tu poderío;

Nadie podrá contra tu descendencia;

Como polvo de tierra en los caminos;

Como granito en polvo, así tus hijos

Serán multiplicados!”

(Prosigue conmovida ante el recuerdo de las palabras de Jehová).

“Tu descendencia fina arena en polvo,

Así será tu gran prosperidad.

¡Recorra oh, Abraham, de ancho a largo,

Tu tierra es ésta, llámase Canaán!”

PASTOR I y II. (Repiten las últimas palabras de Sara como embelesados).

“¡Recorra oh, Abrahan, de ancho a largo,
Tu tierra es ésta, llámase Canaán!”

SARA. (A los dos pastores)

¡Pastores de Abrahan y Lot,
Pastores de mi Señor!

PASTOR I. (La interrumpe)

“Esta es tierra de bendición”.

PASTOR II

“Como polvo de arena,
Sobre tus hijos
Será mi bendición!”

SARA. (Interrumpiéndoles con dulce frenesi)
Mas no olvidéis pastores la razón,
La honda y sin igual señal de Dios:
Allá al pie de Hebrón
(muestra a lo lejos el altar)
Abrahan edificó
Junto al encinar,
Un altar, un altar,
Para el Señor,



CORO:

Suben las llamas del sacrificio;
Rojas las lenguas del fuego son;
Negro es el humo de los pecados;
Blanco el cordero con su vellón.
Sobre las llamas del sacrificio,
Junto aquel valle,
Cerca de Hebrón,
Alzó Abraham
Un altar mayor
A Jehová,
Padre y Dios!
Un altar mayor
A Jehová,
Padre y Dios.

SEGUNDA ESCENA

(Entra presuroso Hebreo, las sandalias polvorientas, el cuerpo cansado, mas el espíritu alerta. Recalca las últimas palabras del coro, dándoles un distinto significado.)

HEBREO

Padre del Hijo,
O Hijo de Dios.

PASTOR I. (Con respeto pero sorprendido por las palabras de Hebreo).

Padre tan solo;
No conocemos
Hijos de Dios.

PASTOR II. (Con la misma entonación)

Jehová, Padre y Dios,
Y Abraham un hijo
De su predilección.

HEBREO. (Resuelto, animoso, con cierta profecía en la mirada, y en la entonación).

Padre del Hijo
E hijo de Dios.
Alguna vez, alguna vez,
Conoceremos al Hijo de Dios.

SARA. (Ansiosa).

¡Hablad Hebreol
¿Qué os trae?

HEBREO. (A Sara con voz distinta, real, humana, después de inclinarse ante ella).

Os vengo a traer una real misiva
De parte de Abraham.



SARA

Os escucho

¡Hablad!

HEBREO

La guerra que sostuvo con los reyes

Por libertar a Lot.

PASTORES I y II

Contad el fiel relato de la guerra

En toda su extensión.

SARA

Y no omitáis ninguna excepción.

HEBREO. (Empieza a relatar)

Todos los reyes, todas las naciones

Levantáronse como un haz de espadas;

Como un fuego que en rayos estallara;

Como una dinamita en explosión.

Todos se levantaron

Y movieron la guerra

Entre ellos.

El Valle de las Selvas,

Que es hoy el mar salado

El punto fué de la concentración.

Amrafel, rey de Sennaar;

Arioc, rey del Ponto;
Codorlahomor, rey del Elamita;
Y Tadal, rey de las Naciones;
Desenvainaron la altivez
Y la fiereza
De las lanzas en pos.
Y fueron contra todos
Los reyes que albergaba
El valle de las Selvas.
Y aquel altivo y recio
Rey de Sodoma,
Y aquel pausado y fiero
Rey de Gomorra;
Y el rey de Adama
Y el rey de Seboim,
Y el rey de Bala;
Los cinco, contra cuatro,
Cinco ejércitos tempestuosos
Contra cuatro vigorosos.
Y los débiles fueron fuertes;
Y los fuertes dobláronse
Sobre los negros pozos de betún.
Y allí cayeron . . .

SARA. (Ansiosa).

¿Y Abraham?

¿Y Lot?

PASTOR I

¿Y Abraham?



PASTOR II

¿Y Lot?

HEBREO. (Prosigue con vehemencia)

Y en manos de los cuatro reyes
Al fin cayeron
Las huestes de los cinco reyes,
Y Lot fué hecho prisionero.

(Se detiene un momento y prosigue enternecido).

Como una erguida ave,
Alondra, o águila;
Entregó Lot
Mujer e hijos,
Siervos, pastores,
Majadas, tiendas;
Lo que más vale,
Lo que más pudo,
La vida amartelada,
La prisionera vida,
Con dulzura y tesón.

PASTOR I y II

¡Oh Abraham!
¡Oh Lot!
Compunge el alma
La contricción.

CORO:

Lo que más vale,
Lo que más duele,
Has entregado Lot,
En prisionera vida,
La vida amartelada,
Con dulzura y tesón.
Mujer e hijos,
Siervos, pastores,
Majadas, tiendas,
Lo que más vale,
Lo que más duele,
Has entregado ¡oh, Lot!
La prisionera vida
La vida amartelada,
Con dulzura y tesón.

SARA. (Con un gesto de angustia y desesperación)

La cólera y la insidia se estremecen
Sobre estas tierras maldecidas.
El suelo de Sodoma y de Gomorra
Se ha vuelto estéril, pedregoso, inculto,
Regado por la sangre y el dolor.
Dolor de pueblos que Abrahan persigue;
Sordo dolor de cólera y venganza
Vivo dolor de hermano en el hermano,
Y dentro de su noble corazón.



PASTOR I

¡Vuelve, oh Abraham,
A tu comarca luminosa y grave
Por su ansiedad!

SARA. (A Hebreo).

¡Prosigue, oh Hebreo tu visión!
La realidad en tu visión se axalta,
Y aplaca nuestra humana rebelión.

HEBREO. (Con voz ansiosa de terminar su misión).

Entonces Abraham;
Movido por una alta inspiración,
Reune, escoge, forma, anima, invierte
Criados, gente de mirar sereno,
Soldados, hombres de vehemencia intensa,
Y de un inquebrantable ardor.
Arma sus manos,
Y sus brazos empuña,
Lanzas, hierros y astas;
Puntas y alabardas.
Flamean bajo el sol;
Como mil rayos que cayeran ágiles
Sobre un punto minúsculo del suelo;
Como un corcel de fuego que arrastrase
La voluntad y el brío
En pos de sí.

SARA. (A los pastores).

¡Cerrad los ojos,
Y bajad los brazos!
¡Elevad el alma a Dios!

(A Hebreo)

Os escucho con el alma arrobada
Que solo en Dios confía.

HEBREO

Como un corcel de fuego, que centellas
Despedía,
Iba Abraham al frente,
La alabarda agitando.
Y detrás de él la multitud blandía
Las picas y las lanzas hasta Dan.
Y así lucharon en el suelo insólito,
Con un puñado de hombres,
El fuego en las pupilas,
Y en las hojas de acero.
Armas de doble imán;
Y así vencieron
Los ejércitos levantados,
Compactos, ardorosos,
Bajo el mando de muchos altos reyes
En el Valle de Dan.

SARA

¡Oh, dulce aspiración
Que crece y rugel
¡Oh, santa rebelión!



HEBREO. (Prosigue)

Cerró la noche con penumbra espesa
Impenetrable, negra.
Y así venció la diminuta tropa
De Abrahan,
Los ejércitos infinitos
En los Valles de Dan.
Y entonces,
Como una clarinada de los cielos
Se hizo oír la divina voluntad:
¡Victoria a Abrahan!
¡Victoria a Abrahan!

PASTOR I. (Deslumbrado por lo que oye cantar).

¿Qué vieron en la altura de los cielos,
Y en su infinita claridad?

PASTOR II

¿Qué vió Abrahan?

SARA. (Con un grito de alegría)

¡Victoria a Abrahan!
¡Victoria a Abrahan!

CORO:

Bajo el primer rocío de los cielos,
Surcados por estrellas rutilantes
En campos siderales,
Jehová alumbraba,
La libertad de Lot,
En brazos de Abrahan.
Victoria, oh victoria eterna
¡A Abrahan!



SEGUNDO CUADRO

(Rincón de un valle en donde viene al encuentro de Abraham el Rey de Sodoma y luego Melquisedec. Hay un túmulo sobre el cual depositara Melquisedec la bandeja para ofrecer a Abraham el pan y el vino.) A lo lejos se distinguen sobre la extensión del valle cadáveres de soldados caídos).

CORO:

Melquisedec, Melquisedec se acerca.
Con recio porte viene a predicar;
Sacerdote de Dios luce en la frente
Una estrella, que abisma en claridad
Los fuegos celestiales de la noche,
Como una cabalística señal.
Melquisedec ofrece pan y vino
Al bendecir solemne a Abraham.
¡Oh, hombres anegados de alegría!
¡Oh, mundos, soles, tierras, respirad!
Con pan y vino excelso sacrificio,
Melquisedec bendice a Abraham.

UN ANGEL. (Pasa adelante)

¡Oh, gloria eterna, oh, hostia precursoral!
Maná en el desierto peligroso;



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

Pan amasado bajo la señal,
De aquel verbo divino que aleteaba
Desde el principio de la creación.
(Pasa).

SARA. (Se arrodilla)

Elohim Javé deslumbra mi conciencia,
Y una luz nueva en mí ha prendido ya.

PASTORES I Y II

Melquisedec, rey de Salen corona
A nuestro Padre Abraham!

PASTOR I. (Con asombro pregunta a su compañero)

¿Qué viste en las alturas de los cielos?

PASTOR II

Se enciende la infinita inmensidad.

SARA. (Conmovida desde el fondo del corazón)

¡Elohim Javé,
Perdona y alza
Tu temblorosa sierva
Hacia tu equidad!

LOT

No más vanas promesas terrenales,
¡Ya no esperar, ya no esperar!
Sentir el tierno pecho del hermano
Sobre mi hermano pecho palpitar.
Que ni riquezas, ni abundancia puedan
Esta dulce bonanza desquitar.

CORO:

Melquisedec, Melquisedec se acerca,
Con recio paso viene a bendecir;
Y sobre una bandeja de oro y plata
Servido por un ángel de la paz,
Melquisedec ofrece pan y vino
Al bendecir solemne a Abrahán;
Al bendecir solemne a Abrahán.

ABRAHAN. (Se arrodilla ante Melquisedec)

¡Rey de Salem, Melquisedec,
Bendice en mí la descendencia eterna;
Sobre mis hombros házla florecer!
Que Dios por tí, su bendición me extienda.
¡Oh, sacerdote altísimo de Israel!

MELQUISEDEC. (Toma de manos del ángel de la paz el pan y el vino, y al levantarlos dice:)

El pan y el vino que en mis manos tiemblan
Sobre los mundos han de florecer.
Aventarán los siglos por los siglos



Su cándida y excelsa pequeñez;
Y absorberán los frutos de la vida,
Que en su corona se ha de sostener;
Y en sábanas doradas de llanuras,
Las pesadas espigas han de ser
Como las gotas de un océano de oro,
Sus olas de abundancia han de mecer.
Mientras la vid, que es zumo de la tierra
La quinta esencia en ella ha de absorber;
Y en cálices y en vasos celestiales
La renovada vida han de verter.
Transubstanciado el vino enaltecido
Su sed el hombre en él ha de verter.

(Ofrece el pan y el vino a Abrahán).

¡Oh, pan renueva en tí el mundo
Del vano y disipado oropell
¡Oh, vino purificales el alma;
Rosas de leche sobre acerba hiell

||

BALA. (Rey de Sodoma a Abrahán)

Yo nada ofrezco porque nada puedo.
El pan y el vino de Melquisedec
Enaltece la estirpe señalada
De aquel pueblo elegido de Israel.
Si en una mano te ofreciera vino
Besado por el oro de la miel,
Mi pueblo renegado te daría
El vaso del escarnio y de la hiel.

UN ANGEL. (Sostiene la bandeja, en que estaban el pan y el vino)

Los fastos de la vida, no le bastan
Al hombre con su triste oropel,
Hay otro oro que ya el alma espera,
Que es recamado en el sagrado bien.

MELQUISEDEC. (Bendice a Abrahán)

Bendigote en el nombre del Altísimo
Porque al cielo pudiste conmover.
Hermano en el hermano con nobleza
Mi corazón supistes enternecer.
La voluntad de reyes has podido
Con tu firmeza un día estremecer;
Y sobre tí y sobre Lot extendo
Mis manos en eterna bendición;
Y el amor y la paz con pan y vino
Bajo el cielo te puedo hoy ofrecer.
El pan y el vino hoy en mis manos tiemblan,
En las tuyas, Abrahán, han de crecer.

ABRAHAN. (Prosternado responde a Melquisedec)

Sobre tu faz se extiende hoy una aurora,
¡Oh, sacerdote Altísimo de Israel
Y de tus manos fluye una bonanza;
Perfuma el mundo en tí su florecer,
Con lirios, terciopelos de las alas
De ángeles, que parecen descender



Con pasos sigilosos de ventura
Y siembran la pureza por doquier.
Y se aquieta el oleaje de los mares,
Calma de cielo en el amanecer,
La tormentosa frente de sus vuelos
Los vientos ya parecen suspender,
El pan y el vino hoy en tus manos crecen,
La abundancia en mi vida han de verter;
Mientras al alma fortalece el vino
El pan mi cuerpo sabe renacer.
(Queda en actitud prostrada).

CORO:

Alzaste el pan y el vino con tus manos,
¡Oh, Sacerdote Altísimo de Israel
Y al aventar la espiga de la vida
Hacia una vida inalterable y fiel;
Como el espejo de los cielos donde
Refléjase su claro amanecer,
Así has echado la semilla eterna
Sobre los campos ávidos del bien.
Y al elevar el vino en cáliz de oro,
Que ya en el vaso no puede caber.
Sumerjiste el océano del cielo
Dentro del alma en que se ha de verter,
La alzada copa de la vida eterna;
Espiga, el pan de un nuevo amanecer.

SEGUNDA PARTE



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

CUADRO PRIMERO

(Una muchedumbre bordea el lago del Tiberíades. Hombres, mujeres, niños, esperan la llegada de Jesús que acompañado de algunos discípulos se halla aún alejado de ellos. De pronto una mujer se desprende de la multitud, y avanza en medio de la escena).

LA SAMARITANA. (Dirigiéndose a la gente)
Sobre estos campos y en estas vegas
Ahora ¡oh hombres! lo véis pasar,
En este lago del Tiberíades
La ola mansa lo ha de reflejar.
Bajo estos cielos límpidos, claros,
Su voz divina nos viene a hablar.
¡Despierta, oh mundo, sonríe, oh hombre!
Ya os aguarda el don de Dios.
El agua viva de aquella fuente
De donde brota la vida eterna.
"Todo el que beba del agua vuestra,
Tendrá aún sed,
Mas el que beba del agua mía
Brotará en su alma la eternidad".

(Pasa y se coloca de un costado de la gente).



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

CORO:

Bajo celestes firmamentos boga
La barca de Jesús en el Jordán,
El mar del Tiberiades es espejo,
En que se mira la cautividad
De Galilea, que hoy espera y sufre.
Pueblo vehemente de animosas almas
Que anhela la conquista en la verdad,
Bajo el cetro supremo del Mesías,
Hijo elegido de David,
La Galilea en rosas florecida,
En que el perfume y la hoja del laurel
Confunden en el brillo de los astros
El sideral camino de Belén
La esperanza báñala de aromas,
Y comienza el milagro a florecer.
El Reino del Mesías ya se acerca
Sobre la libertad de Israel.
En tanto boga en el oleaje alerta
La barca sobrehumana de Belén.

(Desembarca Jesús y algunos de sus discípulos.
Mira complacido la multitud que al verle se agita y
exclama: "Maestro", "El Mesías", "El Profeta", "Je-
sús", "El Señor". Simultáneamente al oír estas exclamaciones Jesús los mira complacido).

JESUS

Ovejas de mi majada
Que no tiene aún pastor,

¡Venid que de mi amor
Os daré la vida ansiada!

¡Venid que la tarde avanza!
Falta a la siembra la hoz;
Porque en los campos de Dios
Nada sobra y todo alcanza.

¡Niños, mujeres y hombres,
Venid a mí que os daré
El alimento que sé
Sólo yo en vuestros nombres!

(Señala el cielo).
El pan que es trigo del cielo
Crecido en aquel costal,
Y sobre el humano mal
Triunfa el divino consuelo.

Yo os daré un pan de vida,
El pan de vida soy yo;
Porque mi Padre me dió
Su voluntad a mí asida!

(Jesús señala el Cielo y queda con la mirada ab-
sorta).



LA SAMARITANA. (Se desprende de nuevo de la multitud, y señalando a Jesús dice:)

¡Oh, hombres que esperáis ansiosos
El cotidiano pan;
Pedid el agua viva que a mí un día
El Mesías me dió!
Lucía el sol resplandeciente
Y tostaba los campos en redor,
El Maestro estaba junto a una fuente,
Sobre él daba la sombra de un alcor;
Cuando llegué me dijo despacioso:
"¡Samaritana, dáme de beber!"
Y al ofrecerle el agua en mi cántaro,
Me respondió al fin:
"Si tú Samaritana conocieses
El don de Dios,
Y al que te pide el agua en este instante
Comprendieras su voz;
Tú le preguntarías por la fuente
Del agua del amor.
La fuente de agua viva; para tu alma
El don de Dios".

(Pasa de nuevo delante de Jesús y lo mira hondamente; luego se dirige por última vez al pueblo).

¡Oh, hombres que esperáis ansiosos
El cotidiano pan;

Pedid el agua viva que a mí un día
El Mesías me dió!

UN NIÑO. (Se adelanta y al acercarse a Jesús le
implora)

Yo quiero el agua de la que habla
Esta mujer;
Y quiero el pan que hoy nos prometiste
Y que nuestro ha de ser.

(Se dirige a la muchedumbre)
Quiero besar la túnica flotante
Del Señor;
Y quiero dulcemente requerirle
Al buen pastor.

Que cuente la leyenda del cordero,
Que se extravió;
Y a su majada ya muy tarde
Al fin volvió.

(Al besarle la túnica se queda de rodillas ante
Jesús).

CORO:

Dáenos el pan, Señor, el pan eterno
De aquel costall
La harina sobrehumana que amasaba
La espiga celestial.



El pan del cielo, del que nos hablaba
El Hijo hoy.
Y que al venir del Padre resumía
Todo su amor;
Que nos recuerde aquel maná del cielo
Pan de Moisés;
Que fué tan sólo una señal del Padre
De humana miés.
Queremos ese pan de vida eterna
Por siempre ya;
El pan del cielo que en el Hijo baja
Por toda eternidad!

LA MUCHEDUMBRE

¡Señor, danos el pan
El pan de vida eterna,
Que ya anochece,
Y el mundo de nosotros
Se olvidará!

JESUS. (Contesta sonriente).

Muy poco falta aún para que pueda
Dar de mi cuerpo el pan.
Transubstanciado el vino, que en mi sangre,
Lo escanciarán,

El Padre en mí se ha revelado y quiere
Quedarse aquí;
Y para que yo pueda prolongarlo
Para vivir,

Por siempre en vuestros cuerpos, vuestras venas,
He de injertar
Mi cuerpo celestial con que mi Padre
Nutre vuestra ansiedad.

¡Ah, si pudiera ahora mismo
Inmolarme aquí;
Las aguas y los montes por un marco,
Y Dios en mil

Y yo en vosotros como nunca nadie,
Ni vuestro ardiente amor,
Pudiera amalgamarme a vuestra vida
Como el fruto a la flor;

Ser uno con vosotros, como el Padre
Conmigo lo es.
Crecer en vuestras almas, vuestros cuerpos,
Como la miés,

En el verano brota de los campos
Maduros ya;
Ser la cosecha de una inmensa siembra;
Ser vuestra eternidad.

(A Felipe que lo requiere impaciente)
¿Qué más queréis?



FELIPE. (Asombrado desea volverle a la realidad).

¡Señor, solo dos peces
Y cinco panes hay;
La multitud es grande
Y hambrienta está!

ANDRES. (Un tanto impaciente)

¿Qué haremos?, ¡oh maestro!
La muchedumbre es hoy inmensa ya.

FELIPE. (En el mismo tono).

Si poseyéramos muchos denarios,
Podríamos llenar
Cinco mil cestos
Con peces y con pan.

JESUS. (Con un gesto de dulce autoridad a Felipe
y a Andrés).

¡Haced retroceder la muchedumbre,
Y proponed también,
Que el hombre y la mujer se agrupe
De a cien!

El valle es ancho y la yerba crece
A su merced;
Mas, dádme pan y peces,
Que ahí tenéis,

Multiplicados y robustecidos

Os los devolveré.

(Jesús bendice el pan y los peces que le acercan Felipe y Andrés, con los ojos levantados al cielo).

CORO

¡Bendice, oh Padre nuestro la abundancia

De este milagro ya.

Que todos coman y que todos beban

De tu verdad!

Todos esperan este gran milagro

Y su señal:

Repose tu mirada en estos panes

Jesús, y en su ansiedad!

La multitud que aquí está reunida

Tuya será;

Y por el Padre, en tí muy pronto

Ya vivirán.

JESUS. (dirigiéndose al pueblo).

¡Oh, Galileos, gente de ancho pecho,

De hondo mirar;

Fuertes en las faenas, y muy tiernos

Cuando amáis.

Multiplicado está el milagro

En este pan;



¡Comed que vuestros cuerpos en mi alma
Madurarán!

(Los panes y los peces se han multiplicado y el
pueblo se acerca a recibirlos.)

UN ANCIANO. (Ciego, se dirige a Jesús).

Yo no veo Señor la muchedumbre,
Que aquí está;
Siento el rumor de almas que se juntan
Para soñar

Bajo el influjo de tu voz de oro
Y bajo tu señal.
Quiero con esta triste mano
Solo tocar

El pan, en que tu mano se ha posado
Para alumbrar

(Toma uno de los panes)

Mi pupila cerrada a este mundo,
Y que hoy vidente está

A una vida que tú nos prometiste,
Humana y celestial.

(Besa la mano de Jesús y se aleja).

UNA MUJER. (Con el pan en la mano se dirige a
Jesús).

Ya sobre el mundo en este dulce instante
Se abrió una luz;

Hay algo en mí que canta y que solloza:
Y en esta multitud,

Que en tí espera y te escucha ansiosamente
Trasciende la virtud
De aquel reinado eterno de las almas
Por tu excelsitud.

(Al retirarse se dirige al pueblo).
¡Oh, hombres que esperáis ardientes
Su palabra y su voz,
Comed el pan en cuya espiga un día
Con la celeste hoz,

En un costal de oro y de esmeralda
Cortó el señor!

UN ADOLESCENTE. (Indica a Jesús una paloma
que viene revoloteando)

¡Mira Señor esta paloma
Que viene aquí
Revolotea, y se columpia y gira
En pos de mí.

Si la diviso, el pico se le enciende
Como el carmín,
Y si me acerco con su eterno arrullo
Se apodera de mí.

¡Mira Señor esta paloma
Que viene aquí
(toma la paloma y se va)



FELIPE (satisfecho muestra a Jesús la muchedumbre)

Cinco mil hombres
De este pan comieron
Y hartos están!..

ANDRES (del mismo modo)

¿Qué haremos ¡oh Señor! con estos restos
De peces y de pan?

JESUS

¡Recojed los restos,
Y los cestos llenad!

(Felipe y Andrés recogen los restos y llenan con
ellos cinco canastos)

UN JOVEN

Señor, quiero besar tu mano buena,
Que supo hacer
De cinco espigas un tragal inmenso,
Para acceder

El ansia de una muchedumbre
Con hambre y sed.
Yo soy un hombre ya, mas pón tu mano
Sobre mi sién;

Y házme sereno, altivo y generoso,
Probado y fiell
Como el milagro éste, que tan sólo
Puede un rey

Cambiar en mil monedas un denario
A su merced.
Señor, quiero besar tu mano buena
Y florecer...

(besa la mano de Jesús)

CORO

¡Oh, alma canta este milagro excelso
De eterna dicha ya,
Al esparcir sobre los anchos mundos
La nueva paz.
Y demos gracias a Dios omnipotente
Con humildad.
Los cielos saben, lo que el Padre anuncia
Al encarnar
La imagen de este Rey sobre la tierra
En su unidad.
Este es aquel profeta que ya viene
A darnos la señal
De aquel tiempo, en que el Padre lo revele
Para la eternidad.
¡Escucha oh, hija de Israel, y presta atento oído;
Olvida ya tu pueblo y su amistad,
Que viene el Rey, y ha de prendarse



De tu beldad!
El es tu amo y tu Señor
A quien has de adorar.
Haced callar las voces de la gente
Para escuchar
La voz que esparce sobre el mundo entero
Y dice ya:
El verbo se hizo el Hijo de los hombres,
El verbo es vuestro pan.
Y en su divino nombre a todos baja
Para la eternidad!
¡Escucha oh hija de Israel,
Y prestad atento oído!
¡Olvida ya tu pueblo y su amistad!
¡Que viene el Rey, y ha de prendarse
De tu beldad!

SEGUNDO CUADRO

(El mar del Tiberíades cerca de Cafarnaum: una barca con varios discípulos se acerca a la orilla y escruta el lugar para divisar a Jesús).

CORO

Sobre las olas ágiles, frescas,
La barca boga en la alta mar.
Tapices glaucos, praderas verdes,
Se balancean en plena mar,
Los juncos se alzan esbeltos, finos,
Como señeros sobre el raudal;
Y selvas, montes, colinas, valles,
De lejos brotan de su caudal.
El cielo es alto, la luz serena,
Dios en la altura dá una señal,
Mientras las olas conducen ágiles
Su paso firme, hondo, plural.
Jesús camina sobre las olas;
Ya está muy cerca de aquel umbral,
En que los hombres lo aguardan fijos;
Mientras abrigan un nuevo plan;
"Jesús, Profeta, Rey de su pueblo
para su gloria humana y banal"



(Jesús se acerca a la barca caminando sobre las olas).

SIMON PEDRO (va hacia él al divisarlo)

Sobre las olas del Tiberiades
Como el Maestro ansio andar.

EL PUEBLO (exclama impresionado al ver avanzar
la figura de Jesús sobre las olas)

¡Fantasma, espectro,
Misterio!
¡Hombres, vedlo llegar!

SIMON PEDRO

Si tú eres, Señor, dame la mano
Para guiarme en la alta mar.
Con pasos firmes como los tuyos
Sobre las olas ansío andar.

JESUS (le da la mano)

La espuma es leve,
La ola es honda,
El que vacila
No tiene fe.

EL PUEBLO (exclama otra vez: fantasma, espectro,
misterio)

SIMON PEDRO (camina unos pasos y amenaza hundirse)

JESUS

¿Por qué has dudado?
Hombre pequeño no tienes fe.
Sobre la fija plancha del agua
Hecha de esencia de su fluidez,
La tierra misma te es menos firme
En cuanto embarga la timidez
Al débil pie.
¡Hombre pequeño no tienes fe!

SIMON PEDRO (con gesto de desesperación)

¡Sálvame, sálvame!
Señor mi alma
Hoy ha mirado la lóbreguez
Del fiero abismo que nos sorprende
Al débil pie.
(desesperado)
¡Oh alma enjuta, flácida, triste,
Alma sin fe!
(Jesús le da la mano y lo acerca a él)

CORO

¡Rey de los mares, Rey de los pueblos!
¡Rey de la vida, Rey del amor!
Alto profeta a quien esperamos,



Como un milagro de salvación.
La tierra es tuya, porque a los panes
Los multiplicas con tu fervor.
El agua es tuya porque en las olas
Guías tus pasos sin un timón.
Los cielos se abren a tu mirada
Y te sonríe ya el mismo Dios.
¡Alto profeta, oh, omnipotente
Rey de la vida y Rey del amor!
¡Sé nuestro Rey!
¡Rey de los mares, Rey de los pueblos,
Sé nuestro Rey!

(los discípulos acercan la barca a la costa, Jesús sube a tierra y se dirige a la gente que ya lo rodean y que de él por instantes ha dudado)

JESUS

Hombres pequeños, almas enjutas,
Ojos cerrados al don de Dios.
¡Mirad los montes, mirad las aguas,
Todos respiran aquel candor,
Conque los cielos besan en ellos
La gracia inmensa del Creador,
Vuela el águila, crecen los árboles;
Canta el pájaro, se abre la flor
Con una pura y dulce sonrisa
En la encendida y fiel ecolosión!
Sólo vosotros hombres negados
A toda gracia y a todo amor;
En el milagro que os he probado

No véis el cielo, sino el favor.
Andáis ansiosos, fébriles, torpes,
Lleno de abyecto y negro estertor,
Detrás de laxas conquistas fáciles
Del vano mundo murmurador.

(Se hace un silencio respetuoso y solemne después
de estas palabras de Jesús)

PEDRO SIMON (rompe al fin el silencio con pala-
bras que le arranca su fe)

¡Eres Maestro, el dulce Maestro,
Hijo de Dios!

JESUS (prosigue con cierta tristeza)

Mi atestiguada doctrina no halla
En vuestra alma confortación.

ANDRES

¡Eres Maestro
El Hijo de Dios!

JESUS (con un ansia infinita de acercarse a ellos)

Buscad la vida por sobre todo,
La que os concede el don del amor.

(con resolución)

¡Mirádmelo hondo, y así muy hondo,
Pensad en Dios!



Soy la imagen divina; os doy
El alimento de vida eterna;
Vengo a cumplir
Con el legado de mi misión.

ANDRES. (Algo cohibido)

¿Qué es lo que haremos por merecer
El don de Dios?

JESUS

Creer en mí
Porqué del Padre vengo,
Y hacia él voy,
Para traeros el don de Dios.

ANGEL. (Una luz se abre y aparece un ángel que
extiende las manos y al señalar a Jesús dice:)

Creed en él como el eco responde
A una voz.
Como la noche absorbe al día
Muy bajo el sol.

Como el tronco de una raíz celeste
El árbol sois.
Como una siembra sobrehumana
Que os fructificara en el amor.

CORO

¿Cuál es esa señal que prometiste?
Para creer en tí?
El Padre está en el Cielo,
Mientras tú aquí
Nos hablas de una vida renovada,
Con la esperanza en ti;
Y los milagros que nos revelaste
Al asumir
El Reino del Señor aquí en la tierra,
Son la raíz
De un árbol cuya copa está en el Cielo,
Y en cuya sombra al fin,
Nos guarecemos de una vida incierta,
De un trágico morir.
¿Cuál es esa señal que prometiste
Para creer en tí?

HOMBRE I.

¿Cuál es esa virtud con que tú ahora
Pretendes conquistar?
Nuestros padres en el desierto
Comieron el maná,
Prodigio que cayó desde la altura
Con divina señal.

HOMBRE II.

Y si multiplicaste el pan, los peces,
Para satisfacer



Esta ansiedad en un instante alzada
De nuestro merecer.
¿Quién puede comparar el pan
Que aquí se ha de vender?
Con el maná que a nuestros padres
El cielo quiso proveer.

UN ANCIANO. (Se adelanta con una protesta noble en sus palabras).

¡Maestro, nada dicen sus palabras,
Porque son el tizón
De un horizonte negro que pospone
Ya nuestra salvación!

UN NIÑO. (Dice también su adhesión)

¡Maestro, yo te miro y solo creo
En el instante aquel,
En que has alzado la mirada al cielo.
Para reconocer,

Al Padre celestial, a quien he visto
En tí prender
El hilo de una luz, que en tu cabeza
Ya empieza a florecer.

(Con decisión).

Maestro, yo te escucho y solo creo
En el instante aquel.

UNA MUJER

Humilde soy, mas he de confesaros
Con presición,
Que el milagro del pan multiplicado
Es la visión
De Dios que quiso revelarnos
Tu alta posesión.

EL ADOLESCENTE. (Como recordando)

Y la paloma aquella que giraba
En su revolotear,
Blanco el plumaje, el pico diminuto,
Fuego vivaz,

Una armonía intensa me embargaba,
Y una paz,
Yo la vi descender, y luego alzarse
Para volar...

JESUS. (Que se había quedado abismado en sus
pensamientos, ante las distintas voces con un ges-
to de exaltación).

El pan de vida soy, el que a mi viene
Hambre ya no tendrá.
¡Bebédme el corazón, abridme el cuerpo
Tomádme ya!

¿No veis como mi Padre desde el cielo
En mi se dá?



El que a mi viene poseerá al Padre,
Yo soy su voluntad.

Moisés no os dió el pan del cielo
Al daros el maná.
El pan del cielo dá la vida al hombre
Con la señal,

De que él que la comiera nunca muere.
En verdad, en verdad
Os digo que a una eterna vida
Ha de resucitar.

(Entre tanto los que iban dirigiendo la palabra a Jesús lo rodean ahora. Los demás se vienen agolpando, las manos extendidas, los ojos muy abiertos. Algunos exclaman: "¡El Rey, El Maestro, El Profeta, El Mesías!").

CORO:

Canta bajo los claros firmamentos
La redención;
El mundo se conmueve, vibra, sueña
Una revelación.
Escrito está ya en todos los profetas:
"Seréis por Dios
Reconocidos en el justo instante
A través de su voz."

(El coro se detiene por unos instantes porque la multitud vuelve a proclamarle el Rey y el Profeta)

Permanezcamos con Jesús unidos
Al sumo bien,
Su amor abrasa y su delicia invita
A conocer
El misterio del pan de vida eterna,
Que ha de ceder
A aquel que Dios se place en revelarnos
Al Verbo en él,
El Verbo se hizo el Hijo de los hombres
Al florecer
En este pan de vida y de misterio
Su cuerpo fiel.



TERCERA PARTE



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

PRIMER CUADRO

(El Cenáculo. En él hay una mesa alargada, alrededor de la cual están sentados Jesús Cristo y sus discípulos. A un costado se advierte una jofaina. Sobre la mesa se perciben el vino del que bebieron y el pan del que comieron.

De un lado del Cenáculo se distingue un estrado, y del otro lado vemos una ventana abierta hacia un jardín. Varios ángeles presencian desde la ventana la institución de la Santa Eucaristía. Al abrirse el telón canta el coro).

CORO:

El agua manantial de los cielos gozosos
Sobre el hombre y su planta al fin florecerá:
Y al reducirla mansa Jesús en la jofaina
Sobre el agua el rocío de Dios perdurarás.
El agua que brotara caudalosa o serena
En las anchas corrientes del río del Jordán:
El agua que acaricia los óleos sagrados
Sobre nuestras cabezas, el agua bautismal;
Y su fluidez se espesa bendecida y pausada
Al sazonar las almas mezclada con la sal:
En claras aspersiones santifica a los seres



Y se ha unido a las preces en el agua lustral.
Purificó el Maestro los pies de sus discípulos
Y les dijo: "Mas alguien, quien conmigo el pan come,
Ya contra mí bien pronto su pie levantará."
Yo os he purificado, el agua que reduje
Hoy en esta jofaina, vuelca la castidad
De las fuentes profundas y de los manantiales
De los cielos gozosos por toda eternidad!

(En estos instantes los doce discípulos rodean la mesa, en que Jesús irradia su figura central, Juan inclina su cabeza sobre el pecho del Maestro y Pedro lo mira intensamente. Al otro extremo de la mesa Judas con la cabeza caída urde su plan siniestro.

Terminada la cena Jesús Cristo se levanta y ofrece el pan y el vino en la Santa Eucaristia. Algunos de los discípulos se han levantado también. En sus semblantes se mezcla la admiración al fervor que los embargan).

JESU-CRISTO. (Se levanta, toma el pan y el vino y dice señalándolos).

¡Tomád este es mi cuerpo, bebéd esta es mi sangre!
Hacédlo en la memoria de mi inolado amor.
El nuevo testamento en este instante sello
Hasta su cumplimiento bajo el Reino de Dios.

El zumo de la tierra no sorberán mis labios,
Ni comeré ya el pan sentado en vuestro honor.
Hasta que no celebre en la Pascua del Cielo
La Santa Eucaristia en mi propia expresión.

En esta noche eterna, en que figura y signo,
Comparto con vosotros en la manducación;
Mi cuerpo es vuestro pan, mi sangre es vuestro vino;
El sacramento en vuestra voluntaria pasión.

En esta noche alzada sobre la excelsa vida,
Negra como el abismo abierto en su pavor,
Roja como la sangre del sacrificio eterno,
Blanca como el cordero que en los cielos pació.

Mis pies tocan la tierra, mis ojos enclavados
En los gozosos cielos mecen su inmenso amor.
Roto será mi cuerpo, derramada mi sangre,
Vida transubstanciada que en esta cena os doy.

¡Oh, luz que me deslumbras con un silencio eterno!
Bajas en el cenáculo, subes hasta la cruz,
E iluminas al hombre con un halo de gracia,
¡Oh, luz del sacerdocio que asciende hacia la luz!

El banquete divino ya sobre el mundo entero
Tiende con su blancura el lino del fervor,
"Pan bajado del cielo" a eterna vida invita;
Vino, sangre de vida, vierte mi inmolación.

¡Tomád, este es mi cuerpo, bebéd esta es mi sangre!
¡Hacédlo en la memoria de mi constante amor!
El Nuevo Testamento en este instante sello,
Hasta su cumplimiento bajo el Reino de Dios.



(Los ángeles desde la ventana han participado del pan y del vino que Jesús-Cristo ofreciera en la Santa Eucaristía que acaba de instituir).

UN ANGEL

El discípulo amado
Bajo el nimbo de la luz,
Dejó caer su cabeza
Sobre el pecho de Jesús.

OTRO ANGEL

"Yo no soy digno Señor
Del agua que a mis pies viertes"
Dice Pedro, "en mi cabeza
Derrama también tu amor".

UN ANGEL

Judas ignora el secreto
De la predestinación
Del justo, y la avaricia
Estruja su corazón.

OTRO ANGEL

Entre vosotros yo estoy
Humilde como el que sirve.
¿Acaso el siervo es menor
Que él que a la mesa se sienta?

UN ANGEL

Yo os dí el ejemplo de amor:
Amáos los unos a los otros;
Para que la eterna unión
Se deposite en vosotros.

OTRO ANGEL

Soy vuestro Maestro y Señor,
Yo sé a quién he elegido.
Mas alguien me hará traición,
Y me ha de entregar en vida.

(Los tres ángeles de la ventana se han acercado a la cena, en que Jesú-Cristo y los discípulos ya transfigurados vuelven por unos instantes a retomar la misma postura, en que Juan descansa su cabeza sobre el pecho de Jesús, Pedro le mira intensamente y Judas urde su plan siniestro.

Estos ángeles se colocan delante de las tres figuras principales de la cena).

ANGEL I JUDAS:

Alma que en las tinieblas de un mar convulso gime:
Mano que sobre el aspid su mismo infierno esgrime.

Lengua en que el bocado de pan se convulsiona:
Diente que con sus filos tritura y lo agirona.



Pupila pervertida que se ahinca en el Maestro:
Abismo pavoroso que ahonda un plan siniestro.

Vida que no ha alcanzado a comulgar en Cristo:
Alma hecha de noche que al mismo diablo ha visto,

Satanás ya por siempre de Cristo lo excomulga:
Y a las sordas tinieblas lo arroja y lo divulga.

ANGEL II. Juan:

Alma que bebe luz en perlas vertientes;
Y en la claridad de astros sembró áureas simientes.

Cabeza sobre el pecho del Señor inclinada.
Y con las transparencias del cielo iluminada.

El misterio del Verbo en él se manifiesta,
Y el Verbo se hizo carne en la gracia traspuesta.

Y Pedro le pregunta: "¿quién lo ha traicionado?"
Mas Jesús sólo a él le confía el pecado.

Espíritu del cielo, voz de santa alegría:
Apóstol de la Gracia y de la Eucaristía.

ANGEL III. Pedro:

Pedro lloró el pecado frágil de su inconstancia:
Mas luego inquebrantable dió su perseverancia

Como un fruto impetuoso creció en la resurrecta
Imágen del Señor, y fué así más perfecta.

Simón era él negado, y Pedro inconmovible
Será la piedra viva, la fuerza indivisible;

Elevará el vínculo de la unidad cristiana,
Sobre la humanidad, la Iglesia soberana.

Y en el sagrario vive Jesús Sacramentado,
Pan bajado del cielo, y hacia el cielo alzado.

(Los ángeles quedan en la misma actitud).

CORO:

El arca de la alianza con la Cruz se entrelaza,
Y su cuerpo entregado a un santo sacrificio,
Con sangre en nuestras almas un pan divino amasa
Al partirse el cordero para el eterno oficio.

En su costado lívido una lanza traspasa
El cuerpo inmaculado en perenne ejercicio;
Vino transubstanciado desde el caliz rebasa,

Que purifica al hombre para el último juicio.
Hacia la cruz sus brazos se abren en el Cenáculo,
Cuerpo y Sangre de Cristo forjan el doble báculo,
Y en la Cena administran el Cielo y su Misterio.

Sacerdote del Padre, que alzó en su ministerio
La hostia, y al consagrarla, santificó al hombre.
El Verbo se hizo el pan en su divino nombre,



SEGUNDO CUADRO

(Lugar que caracteriza el Santo Oficio para la comunión general de todas las almas en Jesús Sacramentado. Sobre un estrado se ve el Altar Mayor en que la Sagrada Custodia está a la vista de la gente. Siete ángeles forman la guardia. Algunas escaleras bajan desde el estrado, de donde descenderá el sacerdote, elevando la sagrada Hostia para impartirla en la comunión. Hombres, mujeres y niños invaden este lugar y se agrupan alrededor del estrado. En lo alto del altar una gran cruz abre sus brazos sobre la humanidad).

CORO:

¡Venid, mujeres, niños,
Hombres venid!
Alegres y confiados
¡Dios está aquí!

La tierra toda entera
Cosecha dá.
Corta una hoz celeste
En el trigal.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

El sol perfila y dora
La espiga en flor.
¡Oh, cómo canta y goza
Su nuevo amor!

Cordero que ha pacido
En un erial
De los divinos campos,
Cordero pascual.

Comulga el pan de vida
Al buen Jesús;
Al mismo cuerpo roto
Sobre la Cruz.

El cáliz de su sangre
Alza el fervor,
Y transubstancia en vino
Vida y pasión.

"Este es mi cuerpo", dijo
Divino pan;
Por mí la vida eterna
Renacerá".

Misterio que en el hombre
Une a la vez
El cielo con la tierra
Con fuerte red.

¡Venid, mujeres, niños,
Hombres venid!

UN NIÑO

¿Qué me has dado tú a mí?
¡Oh, Santa Eucaristía!
Que transfigurada en tí,
Yo en tí misma florecía.

Disco nevado que aquí
En la tierra luce un sol;
Y sobre la espiga en flor
El cielo es un arrebol,
¡Hostia, pan de exaltación!
¿Qué me has dado tú a mí?

Yo te siento toda en mí
Y hacia tí entera voy.
¿Qué me has dado tú a mí?

¡Qué enmudecido temblor!
¡Qué transparente emoción!
Mi alma goza en tu amor
Cuando bajas hacia mí
Para nuestra eterna unión.

Con qué dulzura y candor
En el divino festín,
Me transfiguras en Dios.
¿Qué lazos celestes son
Que ya me atan junto a tí?



En cáliz de frenesí
Bebo el vino de tu amor
Con la sed de perfección;
Y come mi alma el pan
En la realidad de Dios.

¿Qué me has dado tú a mí?
¡Oh, Santa Eucaristía!
Que transfigurado en tí,
Yo en tí misma florecía.

(El niño queda en actitud de dulce arrobamiento;
en tanto una mujer se ha desprendido de la gente y
se acerca en la presencia del sacerdote colocándose
a su izquierda).

UNA MUJER

¡Oh, llama hecha de cielo,
Y que en fuego se derrite!
Flecha que en su alto vuelo
Todo abarca y nada omite.

Dardo que hasta el mismo fondo
Del alma se adentra y queda;
Arrobamiento más hondo
A mi vida ya se enreda...

Si no estás en mí, me muero,
Y me desvivo a tu alcance.

De tanto gustarte quiero
Morirme en tal dulce trance.

¡Oh, Jesús Sacramentado!
Cuerpo en pan y sangre en vino,
Toda en tí yo me he encontrado,
Con este lazo tan fuerte,
Y en este abrazo divino,
Ya no cabe mejor suertel...

(La mujer queda en igual actitud arrobadora, y luego un hombre sube las gradas del estrado y al colocarse delante del Sacerdote, exclama convencido, su decidida fe).

UN HOMBRE

Rásguense las negruras del abismo;
Y sobre pavorosos precipicios
Rujan las fieras en sus paroxismos.
Mi alma vive para el eterno fin.
¡Dios está en mí!

Agítase la turba de la inquina,
Y caigan sobre mí los maleficios;
Y el mundo sangre la pureza en vicio.
¡Dios está en mí!

Destile el hombre su voraz veneno;
Mi pecho fuerte cubra con su cieno,
Como un maligno y un perverso indicio.



Mi alma vive para el eterno fin.
¡Dios está en mí!

Sierpes y buitres, fieras del suplicio,
¡Caigan sobre mi sien, sobre mi pecho
En un continuo y fatal acecho!
Mi alma vive para el eterno fin,
¡Dios está en mí!

(Queda de rodillas en actitud de vehemente fervor. Al terminar las últimas palabras el hombre que expresa su confianza en Dios, como una manifestación de fe de todos los hombres, se agrupan de un lado las mujeres y del otro lado los hombres).

CORO DE LAS MUJERES

Embriagada estoy de Dios,
Ya su gracia transformada:
Como el eco a una voz,
Y al cristal la luz soñada.

Sobre el yunque de su amor
Al rojo hierro del fuego,
Así arde en mí el fervor
Con la llama de mi ruego.

Crece el alma en el festín,
Y a Jesu-Cristo enamora:
Muerte que al nacer, su fin
A una nueva vida enflora.

Y en la Hostia como el pan,
Fuego en luz y lirio en llama;
Y en ese bendito afán,
En Dios el alma se inflama.

Embriagada estoy de Dios
Y a su gracia transformada.
Como el eco a una voz,
Y al cristal la luz soñada.

CORO DE LOS HOMBRES. (Entonan el "Pan bajado del cielo").

"¡Tomad este es mi cuerpo!" dijo Cristo a los hombres.
Al partir en el pan la salud en sus nombres.

Pan bajado del cielo con celeste alegría
Es para nuestras almas la Santa Eucaristía.

En él se refundieron los trigales del mundo,
Que Dios ha cosechado con un gozo profundo.

Harina de los trigos de todos los costales,
Eres la siembra alzada con divinos señales.

Pan vivo de los cielos, sobrehumano amasijo,
Sacrificio del Padre en el cuerpo del Hijo.

Carne de eterna vida, Pan de Hijo del Hombre;
Hostia que a vuestras almas se introduce en su nombre.



Vida que desde el cielo baja en cuerpo a la tierra;
Misterio que en el hombre su nueva vida encierra.

Pan bajado del cielo con celeste alegría
Eres en nuestras almas ¡Oh Santa Eucaristía!

“¡Tomad este es mi cuerpo!” dijo Cristo a los hombres,
Al partir en el pan la salud en sus nombres.

(El “Pan bajado del Cielo” es entonado de nuevo
por hombres y mujeres que se hallan en la escena).

FIN

**“PAN BAJADO DEL CIELO” FUE ESCRITO EN
EL AÑO EUCARISTICO INTERNACIONAL,
EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES,
Y SU EDICION HA SIDO
AUSPICIADA POR EL
SINDICATO CATOLICO
DE MAESTRAS.**



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

JUICIOS EMITIDOS ACERCA DE "DE ISRAEL A CRISTO"

(SETIEMBRE 1933 - OCTUBRE 1934)

Del Primado de España. Arzobispo de Toledo:

Saluda y bendice a Doña María Raquel Adler autora del libro: «De Israel a Cristo», del que ha tenido la bondad de dedicarme un ejemplar. Se lo agradezco de veras.

En la lectura de algunas de sus páginas, que más no me ha consentido hacer la multitud de negocios de todos los días, he podido adivinar la historia de un alma que, enamorada un día de la religión de sus padres, ha sentido los encantos infinitamente mayores de otra que no es más, que el desarrollo secular de las promesas divinas encerradas en los libros de la Antigua y se ha dejado arrastrar dulcemente por ellos.

Es un premio a la lealtad espiritual, que nos exige dar paso a la luz de Dios que quiere invadir nuestras almas, a pesar de todos los prejuicios y de todas las conveniencias. Dios se lo premiará.

La felicito por la originalidad del libro, y por lo que hace pensar, y pido a Dios sea instrumento de proselitismo en favor de Jesu-Cristo, tan profundamente sentido en algunas de sus páginas.

Queda todo suyo affmo. en Cristo — El Arzobispo.

De Monseñor Santiago Luis Copello, Exc. Señor Arzobispo de Buenos Aires.

Saluda atte. a la Srta. María Raquel Adler, y al agradecer su interesante «De Israel a Cristo», le promete sus plerías para que como Vd. tanto desea, sean muchas las almas, que tanto y tan justamente quiere que se orienten hacia la luz del Divino Redentor Jesús.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

De Monseñor Francisco Alberti, Exc. Señor Arzobispo de La Plata:

Saluda atentamente a la Sta. María Raquel Adler y agradece el fino obsequio, y la felicita por su interesante libro.

Del Obispo de Attea, Auxiliar del Arzobispado de Buenos Aires y Vicario General:

F. Devoto, saluda atte. a la Sta. María Raquel Adler y mucho le agradece «Mi libro de Conversión», que ha tenido la fineza de ofrecerle.

Como extranjero en el país de las musas, no se atreve a opinar acerca de sus bellezas poéticas, y debe prosaicamente limitarse a felicitar a la autora por el edificante patrimonio racial, de que el libro es prueba, y el amor a Cristo de que rebosa.

Ojalá sea él inspirador de nuevas conversiones y en medio de las inquietudes y disonancias que atormentan a tantas almas, sirva de guía para hallar la Paz, la Luz y la Felicidad.

De Monseñor Dr. Gustavo Franceschi (Criterio):

María Raquel Adler es una convertida. Esta palabra suena a poco en la mayoría de los oídos: los que poseen nada más que convicciones superficiales o creencias adquiridas sin dolor no miden todo el cúmulo de amarguras y desgarramientos que en dicho vocablo se encierra. Basta sin embargo la más leve meditación para hacernos comprender que si un cambio cualquiera de hábitos mentales resulta siempre penoso, la transformación hondísima que significa el pasar de un estado religioso a otro implica un esfuerzo cuyo dolor no pueden aquilatar más que aquellos que, o lo realizaron, o han seguido paso a paso el drama. Y si la conversión, como en el caso presente, es del judaísmo al catolicismo, trae consigo ruptura de costumbres familiares, pérdida de amistades, calificativos durísimos, una soledad moral tan terrible que debemos inclinarnos con profundo respeto ante quien obedece a la gracia hasta realizar el heroico sacrificio.

María Raquel Adler, que en su bautismo ha querido

agregar el nombre de la Virgen al que recibió de su religión primitiva, expresa en su libro una doble ansia: llevar a los hombres de su raza hacia Cristo, y satisfacer a la necesidad de efusión poética que es don natural de su alma. No abomina de su estirpe: la ama mejor, más intensamente, y hace bien, Jesús «no vino a destruir sino a completar». Y fiel a la tradición de su pueblo, canta su marcha hacia Cristo:

Yo te he visto Jesús cuando llamabas
al pueblo de Israel, que el paso tardo
y encorvado camina bajo un pardo
cielo de la amargura. Tú llorabas.

Yo te he visto Jesús como extendías
la enardecida o la sercaa mano.
«¡Deja, oh, Israel, deja aquel vano
quebranto de la duda», — les decías —

Y de la turba de mirada mustia;
de aquel clamor del llanto y de la angustia,
se me cuajó la sangre de mi raza;

y de mis ojos arranqué la venda;
y me alejé en silencio de mi casa;
ya te digo Jesús, voy, por tu senda!

Hay entre nosotros una verdadera exuberancia de poetas. ¡Como ya las reglas de versificación han perdido erizamientos, y por otra parte, ¿quién dirá que sus poemas no son tales a la niña que después de haberlos leído pregunta a su víctima con ojos entre ingenuos y solicitadores «¿le gustan?» De ahí cierto desprecio que envuelve colectiva e injustamente a todos los versos femeninos. Es cuestión de seleccionar con cuidado, pero los hay de primer orden.

¡Es un poeta de verdad, musculoso y ágil, robusto en su pensar como un hombre, y suave en su forma cual corresponde a la mujer! Une a la valentía el recato, y está gracias a ello cien codos por encima de esas hembras desahoradas que claman a la humanidad entera sus exigencias fisiológicas, y de esas amaneradas doncellas de incierta edad que en versos de confitería nos cuentan las poco amenas divagaciones de su alma lila.

La técnica de María Raquel Adler, como la de todos los verdaderos poetas, es sencilla, muy moderna sin ser



revolucionaria, apartada de la acrobacia así como de la chatura. Su verso se ciñe estrictamente a la inspiración, no constituye un instrumento de tortura sino un traje. Pero un traje bien cortado, sobrio, y apropiado a la intensa vida religiosa animadora del cuerpo que ciñe. Creo que desde todos los puntos de vista hay un notable progreso en este libro sobre los que hasta ahora nos dió María Raquel Adler.

El pensamiento se ha precisado, la visión del mundo se ha tornado más penetrante, la incertidumbre que por momentos se dejaba percibir en *Místicas* ha sido reemplazada por la calma propia de quien se siente poseedor de la verdad. No cabe la menor duda: tenemos en María Raquel Adler un poeta religioso, así, sin calificativos que circunscriben y empequeñecen el valor de la fórmula.

Las ilustraciones de Fr. Guillermo Butler son las que corresponden al libro. Y creo expresar de este modo la mejor alabanza.

De Monseñor Miguel de Andrea, Obispo de Temnos:

Saluda atte. a la Sta. María Raquel Adler, y le agradece muchísimo el gentil obsequio de su libro «De Israel a Cristo», enaltecido con su amable dedicatoria. Lo leeré con el interés que aviva su hermoso prólogo.

Se complace en adjuntarle una estampa que tiene el mérito de haberle sido obsequiada por la propia hermana de Sta. Teresita, a quien confía la misión de ratificar desde el cielo la afectuosa bendición que le envía.

De Monseñor Francisco Olgiati, profesor de la Universidad de Milán:

Grazie vivissime e plauso fervorose per il bel volum in viatomi.

Possa il sus cantos trovare eco in tante e tante conscience.

De Fray Guillermo Butler:

Yo la felicito a Vd. sinceramente y ya sabe mi opinión sobre la alta calidad de su poesía.

Del Señor Fiscal Eclesiástico de la Curia de La Plata,
Dr. Andrés Calcagno:

Señorita María Raquel Adler.

Bienvenida sea la nueva hermana que nuestra Santa Madre compró en las lejanías de Israel, con la sangre Inmaculada de Cristo.

Bienvenida la nueva hermana que entra en el mundo de la Gracia, cantando las maravillas de la luz santa, que iluminó pálidamente el solar de la venerable raza del Divino Galileo.

Y bendita sea porque, sedienta de verdad, salió de la penumbra de los símbolos para encontrar al Cristo prometido, en la floración de su realidad eterna.

Y bendita porque ha dejado atrás el desierto para entrar en la verdadera tierra de la promisión que mana leche y miel de Gracia.

Y porque ha dejado en pos de sí la estela luminosa de sus pasos para que sigan otros sus pisadas.

Y porque se sienta a nuestra mesa del Maná eterno y donde se escancia el vino de los santos.

Y bendita, sobre todo porque ora en la humildad de su corazón agradecido.

Dios sea con la nueva Hermana.

Crezca en su divina gracia.

Ruegue por Israel y ruegue por la Iglesia Santa Amén.

Muy agradecido a su gentil envío, me complace en agradecerle la fineza, felicitándola de corazón.

De Monseñor Pablo Cabrera, Córdoba:

Señorita

María Raquel Adler

Buenos Aires.

De mi muy alta consideración:

Su «De Israel a Cristo», 2ª edición, con que Vd. gentilmente se ha dignado favorecerme, no me ha sorprendido ya en mi gabinete de estudio; sino en la cama, taladrados mis nervios en aquellos instantes, por una neuritis (¿acaso?) sañuda, tenaz, implacable, pero de todos modos, **benéfica**, según la hubiera clasificado Copée. Mas, apenas hube yo



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

abierto el volúmen y recorrido de inmediato las líneas de su portada, parecióme cual si una sensación de alivio, de bienestar me acariciase.

Abri con mano trémula dichas páginas, devoré ansiosamente algunos de sus poemas, y sentíme poco menos que tentado a prorrumpir en aquellas palabras que Bougaud, a imitación de otros peregrinos ilustres, predecesores de él, dejó escapar de sus labios, al penetrar por vèz primera en la Catedral de San Pedro: «Acá el hombre se siente anonadado por el genio, por la inspiración, por el arte.»

Uno se siente, de verdad, muy bien, a raíz de la lectura de las estrofas de la Adler, trazadas por su pluma, ora en algún rincón de Getsemaní, ora, a las faldas de la montaña de la transfiguración o del Calvario, en la actitud que la sorprendió escribiendo el joven vate cordobés: «de rodillas, con las manos juntas, los ojos en alto, el alma llena de recogimiento, de fervor», o en aquella otra, mística también, a la altura del paso más trascendental de su carrera, con que nos la hace contemplar Fray Guillermo Butler, cuyo pincel no menos inspirador, ilustró las páginas de este libro de oro; gesto que la misma intrépida conversa, nos describe, con una donosura irreprochable, en estos términos:

... «Consigo alzar la vista. Es el año 1927. Y percibo en la placidez de un cielo primaveral a Jesús.

Me tiende sus dos manos. Una claridad infinita se propala en todos los ámbitos. Y siento una libertad en tanta luz. Jesús sigue tendiéndome las manos. Voy hacia él...»

Una inefable envidia me hace exclamar con los apóstoles a las faldas de la montaña de la transfiguración:

Faciamus tría tabernácula!...

firmado: **Pedro Cabrera.**
Pbro.

Del Reverendo Padre H. B. de la Compañía de Jesús («Estudios»).

De Israel a Cristo, * por María Raquel Adler.

Leopoldo Marechal ha dictado en «La Nación» (domingo 8 de septiembre y domingo 15 de octubre) dos lecciones de philocalia.

(*) Fechado en el Año Santo de 1933, el libro de María Raquel Adler fué ilustrado por Fray Guillermo Butler, e

Ignoro el sentimiento que habrán de experimentar dos argentinos, al encontrarse inopinadamente en los antípodas de la patria, pero de fijo que no excede él, en lo vivo, al júbilo provocado en el espíritu de no pocos lectores por esas páginas **estético-philográficas**, tan peregrinas en medio de la literatura indígena de ese rotativo, como un gaucho nuestro, caballero envirochado, en la rubia Albión.

La áscesis subida y doctrina estética de un texto, tomado del primer libro de las **Sentencias**, obra del metropolitano hispalense San Isidoro, presta tema a la erudición de L. Marechal para una glosa fecunda en sugerencias de metafísica estética y reflexiones místicas.

Exornan ambos artículos citaciones de Clemente el Alejandrino, de San Agustín, del falso Dionisio y del Angélico; vaciado todo el oro estético, recogido en el cauce de los Santos Padres, en el viejo molde platónico del **Fedro** y del **Simposium**, para que nuestra ilusión sea perfecta y nos figuremos vueltos a las clases de filosofía: recuerdo de días plenísimos repartidos entre la ontología y la estética con la emoción de los hallazgos en los textos verificados de **Ideas estéticas**; y algunas verecundas escapadas por las notas de los escoliastas repletas de mitología y de versos griegos y latinos, no del todo encubierto, a veces, en ellas el nudismo de origen.

Pero no es precisamente ni nuestra presentación, ni nuestro elogio lo que necesitan ambos artículos de Leopoldo Marechal, cuya doctrina del encumbramiento del alma a Dios, por las bellezas creadas, es sobada doctrina de todos los místicos y de todos los destinados a salvarse, y a vivir su tiempo en este mundo sin prendarse de él, sin confundir la vida con la Vida; y es doctrina de todos los que creen en Dios y no están satisfechos colmadamente de sí mismos...

Y todo esto, ¿qué dice con el último libro de versos de Maria Raquel Adler en torno al cual debemos reflexionar ahora sin demorarnos en prólogos de retórico de bambolla?

Queríamos notar que cuando aseveró Cansinos Assens,

impreso en los Talleres Gráficos de L. J. Rosso (XI, 208 páginas). Ocho hojas, al fin del libro, refieren diversos juicios de autores sobre la obra poética de M. R. Adler. Este volumen no cuenta todavía tres meses desde la aparición, pero cuenta con una enjundiosa bibliografía en su alabanza, que tornan casi superflua su presentación en estas páginas.



analizando los libros **Revelación** y **Místicas** de la rapsoda, que: «su misticismo no se ajusta al espíritu de ninguna religión definida, modulándose él en una esfera en que predomina puramente el presentimiento de la vaga y enorme presencia de Dios»; y cuando escribió: «síentese ella (la poetisa) henchida de simpatía por todas las cosas, modulando en un salterio notas de una universalidad artística, que ha dado ocasión para hablar de su panteísmo, repetido acá y allá a lo largo de sus exaltaciones»; y cuando Cansinos Assens diagnosticó que: «sus estrofas (las de la voluntaria reclusa en los claustros de las lecturas piadosas y huésped, frecuente acaso, de los templos) elevan un canto a la vida, temida e ignorada, tomando como pretexto el inmenso nombre de Dios»; y cuando, por último y lo peor, presintió en las estrofas de **Místicas** y de **Revelación** a la poetisa «adoptando, a las veces, formas francamente paganas, arrebatada de reminiscencias drúidicas, embebecida en la contemplación de él, el hombre, cuya sombra imponente forma el fondo de las rimas de Raquel Adler»: delimitó, el crítico famoso, milimétricamente y fijó en cuatro sentencias, con pulso de precisión, lo estrictamente opuesto, los **contras**, el negativo que perfila finamente la vera semblanza estética de la mística rapsoda.

Yo no digo que Cansinos Assens deba hacer sus lecturas espirituales en Ruisbroeck y Taulero, o engolfarse en **Las Moradas**, o llevar a flor de labios la glosa del **En dónde te escondiste**, y esas otras mieles no hechas para el buen gustar de todas las bocas.

Ni es menester tampoco que él ensaye glosas de textos patrísticos filigráficos. Pero es preciso sacudir la tierra de los ojos y orearlos para no confundir las cosas bellas con la **Hermosura**, que las creó hermosas, como ha escrito Marechal; y no rodar al vientre de la ballena prefiriendo los tonos profanos y engolados, la lira y la mujer, al himno divino templado a los sonos del arpa de la sacerdotisa.

Y si M. Raquel Adler —¡oh Cansinos de mal gusto!—, si esta rapsoda de estro místico pregunta por la **Hermosura** «al sol, a la luna, y al agua» del bendito Francisco de Asís, «a la piedra, a la llama, a la planta, al animal, al hombre, al cielo, y al ángel» de R. Lullio, e insensiblemente se encarama en ascenso místico por lo visible (según dijo el judío hermano de Raquel. Pablo de Tarso) al Invisible; prueba que sabe columbrar la Verdad en el enigma de las bellas criaturas, que la encubren, y que sabe descifrar

el sortilegio de la esfinge no consistiendo, como el rey Edipo, ser devorado por ella, sino dándole jaque y mate, en frase de la Avilesa.

De **Israel a Cristo** no es una antología de poemas sagrados, ni una **suite** por ciudades y aledaños bíblicos, desvinculado un cántico del otro, sino que espande en todo el volumen la indisoluble unidad de motivos de un poema sinfónico.

Cristo prefigurado en el testamento viejo y deseado, obtenido, llorado y glorificado en el nuevo: Israel obstinado en sus convulsiones de hiel, duda, y quebranto — la herencia firmada y testada en la inconsciencia tremenda del Caiga su sangre — he aquí la doble línea melódica que anuda en una sola acción los sesenta y seis poemas del volumen.

De **Israel a Cristo** es el libro de la conversión de M. Raquel Adler. Su memoria guarda fechado ese día de decisión.

Allá arriba «un pardo cielo de amargura». Abajo, andando los senderos, trafica la caravana semita de perfiles aquilinos, los ojos cegados por el resoleo de la estepa calcinada y la esperanza indecepcionable fija en la estufa de las setenta semanas.

Alejada en silencio de su casa, R. Adler reanuda el sendero.

Y «en el recodo lejano de la separación», donde su raza bifurcó el camino, rescindiendo la alianza de ambos testamentos sufre, también ella, el derrumbamiento que hizo a Pablo, de Saulo y de su urbe, el orbe. Y en la respuesta del Apóstol encuentra ella su respuesta.

«Es el 27 de octubre de 1927».

Cristiana y florecida en gracia, Raquel Adler ha abierto otra vez la Biblia para repasar los zurdos renglones de su Beresit.

Y en el deslumbramiento del ascenso místico, las sagradas páginas vivificadas le revelaron fuertemente al alma el poema del **Christus**, símbolo en el antiguo y vida en el testamento nuevo.

De **Israel a Cristo** apellidase el poema.

Cuarenta escenas ardientes de dramatismo nos llevan desde el Génesis a la Cruz.

El Dios formidable del Pentateuco abre la acción, afanado por sintetizar en el sexto la obra de los cinco días. Y hace al hombre. Y le prolonga en Eva. Y la mujer entrometida le juega luego la mala partida. Entonces suena el



tema del *Christus*. La poetisa enlaza con la narración bíblica pocas notas de su lirismo (en los últimos versos comúnmente de cada poema), moduladas siempre sobre ese mismo tema.

Como un quincientista, prendado de Dios y de su arte, afinase por traspasar al fresco reboque de una bóveda las líneas, sombras y cromos, acumulados en los bosquejos, hasta alcanzar la imagen de sus sueños; Raquel Adler se ha empeñado en el vivo y viril trazado de sus cuadros. Patriarcas y reyes: Abraham, Jacob, Moisés, Saúl, David, Salmón, cuyas miradas espectantes penetran en el tiempo, hincadas en Aquel que ha de venir en la sazón de las setenta semanas.

Luego, entre reyes y profetas, como orla decorativa, ocho pequeños paisajes unidos estrechamente a la idea substantiva y única de todos los cuadros: Babilonia, el Desierto, el Mar Rojo, Canaán, el Sinai, el Muro de los Lamentos, Jerusalén y el Tabernáculo.

Transcribo, omitido tres versos, el penúltimo de estos cuadros, cuyas estrofas traslucen, bañada en claridades, la imagen de Cristo:

Jerusalén, Señora de las largas guedejas;
y de la piel tostada, y del triste mirar;
en tu seno palpita una flor secular
regada en la dulzura de tus aguas bermejas.

David dijo en sus Cánticos: «¡Allá desde el Oriente
subirá hasta los cielos el gran Dominador!»
Desde el Monte de Olivos, Jerusalén, tu amor
soñará ya con Roma, hija del Occidente.

Ciudad de los mil reyes, ciudad de los mil templos

.....
¡Ah! cómo desearía estrecharte a mi pecho;
heberte gota a gota, besarte trecho a trecho,
para seguir las huellas de aquel paso sonoro
de Cristo, que aún te espera desde el divino accechoj (pág. 41.)

A medida que el símbolo se ilustra y se torna viva la imagen presentida en el Antiguo Testamento, acrece el lirismo de las estrofas.

Raquel, Ruth (poema lleno de suficiencia), Esther; y a continuación cinco tapices de dimensiones mayores.

Isaías.

«Retumba en las antenas de los mundos tu acento,
y en las ondulaciones del espacio anudas
el gélido alarido de la sangre de Judas
al espíritu nuevo de un preclaro momento...» (pág. 57.)

Isaías hunde la brasa de sus ojos en las entrañas de Israel, para vaticinar milimétricamente — Padre y Rey de profetas — el quebranto del Cristo y la estúpida bafa de los semitas.

Jeremias exhuma su amargura, el *Planetus Ecclesiae* y la última congoja exhalada de su alma y con su alma en Tafnis.

Más allá, Miqueas negro, pequeño, hirsuto, alerta, vivo, plata mate en sus guedejas y en la boca una loa a Belén, a la Efrata mínima, *theotokos* o despara.

Frente por frente, Daniel y Job. Prosternado Daniel aplaca la inquina tremenda de Dios, y anda en cálculos, por sus siete y sesenta semanas, hasta que venga «la Santidad persistente» cumplido el postrer cómputo. Sobriedad y pureza bíblica embellecen las estrofas de estos últimos cantos, cuyos disticos consonantados, como dobles, simulan el paralelo hebraico.

El desvelo de Daniel sombréase ante la escena del tremebundo Dios jerosolimitano encarnizado contra Job; azotes, retorcimiento, mutismo de Elifaz, Baldad, Sofar y la plaga peor de la Cháchara tilinga de Eliú Buzita.

M. Raquel Adler ha probado su fe. Verdaderamente Jesucristo del Evangelio es Dios. Entonces es preciso ir a El. — Pero las gentes dudan de mi decisión. — Es preciso tratar con El. — Pero tuercen el sentido de mi ascenso. — Es preciso subir el sendero unitivo y, dicho el Canto de alianza, comenzar la segunda semana de los Ejercicios Espirituales del Padre Ignacio de Loyola.

Copiados de la libreta espiritual, prolonga los cantos a Cristo, en el Testamento nuevo, cinco epigramas (El Niño, María, Pastores, Reyes, Epifanía) como leyendas para ser transcritas en estampitas de recordatorio, orladas a mano primorosamente.

Cristo ya está allí. «Ecce Agnus Dei». Comienza el nudo del drama (en la docta habla de las Preceptivas). Siete hilos preludian y disponen al desenlace. Belén, Nazaret, Genezaret, Galilea, Calvario, Roma y el Sepulcro. Siete voces que se insinúan, combinan, entrelazan, como en coro palestrianiano, disponiendo al lector para que sienta el Evan-



gelio. Porque esto fue acierto del fino espíritu de la poetisa abrírnos, en la hora de la tragedia, el Evangelio limpio y lavado de ornatos, desdeñando ella el artificio de las cadencias, y el halago del ritmo, los colores, dibujos, emotividades y todos los disimulos humanos, y los trucos y trampas literarias.

Pasión, Crucifixión, Muerte y el triple ¡Hosanna! de la Resurrección, con rugidos de vientos y de aguas innumerables (según el epíteto de Homero), estampido de gritos, clamores de moscovitas rabiosos y los judíos al pie de la víctima rematada, alzada contra el cielo. El grito incontenido también de voces fieles y el rugido de los elementos en el día bíblico metido dentro del cosmos y de la duración; en que la ira del Señor arreció contra el Hijo y nos alzamos nosotros con la herencia del Christus.

Cristo continuado en su Iglesia, predicado en los apóstoles, discutido en los doctores, copiado en los santos — presta aliento a veinte cantos más que nos advierten del tino con que la «voluntaria reclusa en los claustros de las lecturas piadosas» sabe seleccionarlas entre las vidas de los santos y la Historia Eclesiástica.

¿Ha coronado ya Raquel Adler, con estas veinte canciones su templo, que clava la raíz en Israel y se alza sobre los sillares de la derruida Sinagoga? En la última sima de la bóveda, rematando el cimborrio era precisa la cruz. Un tríptico a la Cruz encumbra el ascenso unitivo de la rapsoda, y lámparas votivas de amor y de unción cuelgan de ambas batientes de esa Cruz.

De Nice Lotus (El Pueblo):

La poetisa cristiana de raza judía. Toda su belleza es interior. Se destaca por la seriedad y austeridad de su obra, por la hondura, elevación y trascendencia de sus temas. Pese a ciertos críticos, la sacerdotisa no se ha vuelto todavía mujer. El misticismo de Raquel Adler es de buena ley. Sus composiciones tienen el ímpetu, la altura, la inspiración misma de los salmos. Un verso que vale por muchos poemas y aun por muchos libros. «De Israel a Cristo» no es todavía el libro de su conversión, que deberá ser escrito en prosa.

Me interesan más las personas que los libros que escriben. Un libro me interesa verdaderamente cuando a través de sus páginas — prosa o verso — alcanza a columbrar un

alma, un carácter, una personalidad. Además, hoy en día, cuando las prensas son tan prolíficas, difícil es poder juzgar a un escritor por un solo libro. El conjunto de todos sus libros es el que da su retrato completo, el panorama espiritual acabado de una individualidad que se afirma — o no se afirma — con un relieve propio dentro del medio literario. Los libros son los que revelan, salvan del olvido y engrandecen el nombre y la persona del escritor. Pero un escritor puede hacerse perdonar algunas arbitrariedades, dislocamientos, rasgos de problemático buen gusto, en gracias de su personalidad que ha logrado interesarnos.

Una escritora como María Raquel Adler tiene derecho a que se la juzgue no por un solo libro ni por un defecto de un libro o de todos sus libros. Puede haber una belleza sin halos, sin resplandores, una belleza interior, un lirismo sordo y hondo. Es el caso de tantos escritores de las últimas promociones, que me inspiran el horror y la devoción de unos monjes raros del arte: han hecho profesión de pobreza artística, han sacrificado la cabellera, el traje a la moda, los perfumes, y van en pos de la belleza pura y santa desprendida de todas las contingencias.

Y es el caso de Raquel Adler, la poetisa cristiana de raza judía, que, a fuer de hija de David que es ella, puede exclamar: *Omnis Gloria Ejus ab Intus*.

María Raquel Adler se destaca con modalidades propias dentro del ambiente argentino. No sólo entre el diluvio de poetisas «sáficas» que han hecho del instrumento nobilísimo de la belleza ideal — el verso — medio y pretexto para decir al público lo que no suelen decir los hombres, ni siquiera en verso. Aun entre los hombres se destaca Raquel Adler por la seriedad, por la austeridad de su obra, por la hondura, elevación y trascendencia de sus temas. Desde sus primeros libros ha venido afirmándose nuestro poeta místico, así, masculinamente. Ello no ha sido una pose, porque a la fecha de hoy le habría resultado cansadora; no es una conveniencia, dada la oposición que cabe suponerse en el medio descreído de Buenos Aires y en los prejuicios ancestrales de su raza, que ha debido vencer.

Su misticismo poético es una verdadera vocación, al igual de su cristianismo práctico. Está llamada a escribir, como fué llamada al redil de Cristo, recibiendo el santo bautismo de manos del Arzobispo de Buenos Aires, en octubre de 1927.

Es maravilloso ver cómo se cumple en los críticos de María Raquel Adler la verdad enunciada por San Pablo: El hombre de Dios percibe las cosas de Dios; el hombre



animal, solamente las cosas de la tierra. ¡Con cuánto placer un alma cristiana entrevé en sus escritores paganos favoritos, de antaño y de hogaño la huella de lo celeste! Juana de Ibarburu y Cansinos Assens han hallado en cambio en los versos enclaustrados de la poetisa un anhelo de mundo y de hombre que tarde o temprano hubiera debido cristalizar en libros semejantes en todo a los de las otras poetisas americanas que han afrontado en sus cantos el «argumento pasional de la vida». No voy a hablar de una contracorriente fortísima de grandes poetisas cristianas que dignifican nuestras letras de hoy día: Sara Montes de Oca de Cárdenas Delfina Bunge de Gálvez. Angélica Fuselli, la malograda autora de «Cajita de Música», y muchas otras.

Por lo que toca a Raquel Adler, su última obra, «De Israel a Cristo», ratifica a la mística en su altura inefable. Contrariando a los gustos de un sector de sus admiradores, «La sacerdotisa todavía no se ha vuelto mujer».

Es que «Mis caminos no son vuestros caminos», dice Javéh.

Los poetas se sirven de palabras, de imágenes, de ideas, de sentimientos bellos, pero con una diferencia. Hay quienes disfrazan con semejantes honestos trajes, la miseria, la podredumbre: rebajan la poesía y ennoblecen la animalidad.

Otros, visten y adaptan al pobre lenguaje y a la comprensión del común de los hombres los amores supernos.

Fuera de toda duda, ennoblecen la poesía pero rebajan el ideal. Tal vez no debieran escribir nunca los de este segundo grupo. Ganarian a la vez el ideal y la poesía. Sólo que hay una cosa: al rebajar, permítaseme el término, el ideal, lo hacen accesible a las gentes. Y es probable, entonces, que las gentes mejoren a su contacto.

Repárese en que una estrofa hermosa puede esconder los impulsos más bajos o contener el ímpetu más sublime, según se la mire. Y del poeta que la forja, ¿qué habrá de decirse? Los críticos anunciarán el descenso próximo. Pero el Señor puede ser que diga: Sigue subiendo, aunque por esta cuesta empinada llegues a la única palabra y al silencio de oro.

Raquel Adler no ha descendido todavía, pese a sus críticos. Y es muy probable que, obediente al mandato divino, suba todavía más.

Es que el misticismo no es una ficción más o menos poética, es una realidad trascendente en su importancia y en sí misma. El misticismo verdadero único digno de tal nombre, parte, como la teología cristiana, de la afirmación de que Dios es una persona. Persona que siente y piensa,

manda y ama, se acerca o se aleja, calla o habla. Oración es hablar con Dios. Y la poesía mística es un fruto preciado de la oración. Esta oración establece entre el alma y Dios un comercio misterioso, pero real, absolutamente real. Y el fuego de la oración no se mantiene sin la leña de los sacrificios. Dios atrae al alma a Sí, y la va aislando, purificando, elevando.

El alma a su vez va cortando todas las ligaduras que la retienen al mundo y a sí misma. El amor de Dios le hace fáciles y gustosas todas las renunciaciones. El amor es enérgico como la muerte, aun el amor humano. «Amor vult esse sursum», dice la Imitación de Cristo: el amor tiende a elevarse, aun el humano, cuando es Amor con mayúscula y no sensualismo. Poco a poco, Amado y Amador vanse transformando el uno a imagen del otro.

El alma toma su cruz y sigue a Cristo y se crucifija con El. Llama a esto locura al mundo, pero el alma sabe que ha logrado al fin la realidad de la cual no son sino pálidas sombras las hermosuras y los amores de la tierra. Y el Amado, en el retiro, en el silencio, le anticipa el goce de las moradas celestiales, se le va entregando con una suerte de placeres que en su comparación resultan viles y despreciables los goces de este mundo. Todo lo juzgo estiércol, si gano a Cristo, decía San Pablo. Y no ha sido otra la ciencia de los santos ni la poesía de nuestros grandes místicos.

Tan persona como el Amado, es el Amador. Dios es persona; pero el santo y el místico también lo son. Dios respeta al alma, no destruye en un nirvana absurdo la responsabilidad del hombre. De aquí se desprende la variedad de matices que el sentimiento místico puede ofrecernos en los distintos escritores.

Raquel Adler se define como una espiritualidad hebrea a través de una mente germánica. No niega su raza ni su apellido. Su exuberancia de imágenes es hebrea, su concisión y el giro de su pensamiento, germánicos.

Su Dios es Javéh, el Dios de sus padres, el Dios de David, Sus composiciones tienen el impetu, la altura, la inspiración misma de los salmos. Sus versos son una doble traducción del alma hebrea y del alma mística. La perfecta alabanza brota de su alma como un río. De cuando en cuando, se mezclan a ella, el cántico de acción de gracias, la estrofa de las súplicas, los misereres dolientes de los pecados de su raza y de su tiempo. Su espíritu que vale por muchos, por muchos libros.



«De Israel a Cristo» se titula el último de los de Raquel Adler. La llama el libro de su conversión. El tema, sin embargo, está soslayado. Tiene que escribirlo todavía nuestra poetisa y en la prosa lírica de un hermosísimo artículo que tuvo la bondad de dedicarme en las páginas de «El Pueblo». «De Israel a Cristo» es una síntesis panorámica, un resumen histórico, del universo, centrado en la cruz. De una parte, el Génesis, los patriarcas, los reyes, los profetas antiguos, la geografía de los lugares terribles y bellos de la ley antigua. Luego el Mesías, desde Belén al Calvario. Y después de El, los Apóstoles, los doctores de las iglesias oriental y occidental, los santos, los mártires..

Es un libro de altura, lleno de calma y de luz. La emoción religiosa se mezcla al vuelo épico; el verso es breve y diáfano, la línea se esboza apenas, el detalle sobrio no permite perder la visión del conjunto y el lector, ante el plan divino, no puede menos de sentir gratitud y compasión por el pueblo de donde salió el Cristo y que fué un tiempo el pueblo elegido. Y se anhela el día triunfal en que, tornando de su apostasia, celebra al fin sus desposorios con el divino Mesías crucificado. Es el anhelo apoloético, profundamente humano, divinamente puro de Raquel Adler:

¡Jerusalén, Jerusalén, ya viene
El elegido de tu corazón!
Aquel que entonces tú desconociste,
en tus umbrales esperado es hoy.
¡Oh, cómo palideces y te mira
en tu propio destino, que el dolor
ha vuelto en sombras tristes tu mirada:
hoy pasa el Elegido, tu Varón!

Los címbalos, las arpas ya lo anuncian;
su faz resplandeciente está de amor,
más brillo hay en sus ojos y en su alma
que en las piedras y el oro resplandor;
medido el paso de la astral sandalia,
mientras la mano extiende en bendición,
y se acerca David; llegan: Miqueas,
Elías, Ezequiel, Daniel y Job,
y lo miran, lo adoran, lo circundan,
y a todos por igual besa el Señor!

¡Jerusalén, es el supremo día,
de redención para la humanidad!
¡Cómo te espero, oh día de la gloria
y del pacto simbólico e inmortal.
en que Israel y Cristo se confundan
en un canto de paz y eternidad!

Saludemos a esta Raquel del Nuevo Testamento que vuelca su cántaro fresquísimo sobre tantas almas sedientas en el desierto espiritual de Cosmópolis. Su agua es el Agua del que descansó junto al pozo de Jacob en Siquén: el Agua que salta hasta la vida eterna. Y el que beba de esta agua, ha dicho el Maestro, no tendrá más sed.

Del Presbítero Dr. Juan Mugueta (Acción Española):

«De Israel a Cristo», última obra de Raquel Adler, contiene un doble proceso, histórico y psicológico. El primero se desarrolla en el plano de los siglos bíblicos a la luz de las Profecías; el segundo se produce en el alma de la notable poetisa a la luz de la gracia y de la fe.

Históricamente, «De Israel a Cristo» señala la evolución de la idea mesiánica que va de la promesa a la realidad, del Sinaí al Calvario, de los patriarcas a los apóstoles, de los profetas a los doctores, de la Sinagoga a la Iglesia, del Judaísmo al Cristianismo.

Psicológicamente, revela la conversión de un espíritu selecto, que, venciendo prejuicios de religión y de raza, avanza, sin titubeos, con paso firme, del error a la verdad, de las sombras a la luz, del odio al amor. La razón y el modo de esta mudanza íntima, de este salto a la cima gloriosa, de este vuelo del águila que deja el nido de su roca milenaria para lanzarse en renovados giros, en espiral ascendente y deslumbradora hasta el disco solar, la describe Adler en estos versos impregnados de dulzura y engidos del más puro sentimiento que preludian su poema:

Yo te he visto Jesús cómo llamabas
al pueblo de Israel...
Yo te he visto Jesús cómo extendías
la enardecida o la serena mano.
«¡Deja oh, Israel, deja aquel vano
quebranto de la duda!» les decía. —



Y de la turba de mirada mustia,
de aquel clamor del llanto y de la angustia,
se me cuajó la sangre de mi raza;

Y de mis ojos arranqué la venda,
y me alejé en silencio de mi casa,
ya te sigo, Jesús, voy, por tu senda!

Ante la estática mirada de Raquel cruzó la figura radiosa del Rabbí de Galilea produciendo en ella uno de esos deslumbramientos que abre nuevos interrogantes en el libro de la vida. Aunque lo sabia repudiado por su gente lo siguió atraída por el encantamiento de su voz y el hechizo de su mirada, dialogó con El como la Samaritana cabe el pozo de Jacob, lo observó en Jerusalén en sus disputas con los Primatees del Sanedrín, quedó hondamente impresionada por la magia de sus discursos, y, luego, en la placidez de Betania, herida en el corazón, rendida ante el prestigio del Maestro, como Magdalena a los pies, se arrojó ella al cuello del Nazareno, para beber en sus pupilas el esplendor del Verbo, para sorber en sus labios la pureza de la ciencia divina y la ambrosía del divino amor.

Hija dilecta de Israel, también ella fué peregrina de espaldas al Santuario, también ella caminó por los senderos torcidos y polvorientos de la dispersión con la Biblia bajo el brazo hasta que una tarde en que la nostalgia apesaba su alma sedienta de más altos ideales encontró en su cansino y errante caminar al Apóstol de Cristo con el Evangelio en la mano.

Ambos se miraron y se comprendieron. Voy huyendo de quién tú adoras — dijo ella. — Voy anunciando a quien tú vanamente esperas — dijo él. — Sin embargo, añadió, no deberíamos ser enemigos toda vez que ambos libros, el que tú veneras y el que yo predico, son santos, inspirados por el mismo Espíritu, dictados por el mismo Autor. El Evangelio tiene un prólogo. La Biblia tiene un epílogo, el Evangelio. Cambiemos. El Apóstol recibió la Biblia, la besó y la leyó. Raquel recibió el Evangelio, lo leyó primero con la devoción con que el primogénito lee las memorias de sus nobles antepasados, toda abocada a los místicos remansos de su espíritu recoleto, y, después, lo besó piadosamente, reverencialmente.

Había sorprendido en San Juan a Isaias, en el nacido en Belén al Esperado, en la vara de José la Flor de Nazaret, en el árbol sagrado de Israel el fruto ya maduro de la

redención del mundo. No había, pues, motivo para seguir esperando al que hubo repartido su presente a la humanidad, ofreciéndolo en el perenne convite del Amor. Lo natural era ceñir el vestido nupcial y sentarse a su mesa.

¡Con qué ingenuidad, con qué encantadora sencillez nos pinta el resultado de su afanosa búsqueda, su rendimiento ante la Cruz y su entrega a Cristo.

Yo Raquel de estos tiempos

.....
Allá en Betlehen

hallé al que busqué:

¡Oh, pueblo de Israel,

el Mesías es aquél
que nació en Belén.

Amén!

Batida por celestes áuras, la blanca paloma trasladóse en raudó vuelo de las colinas de Sión a la colina del Vaticano, de los tabernáculos de Abraham a los tabernáculos de Cristo, de los panes de la preposición al pan celeste de la Eucaristía y allá sobre los albos corporales, nutriéndose de savia divina y libando en los bordes de sagrado cáliz, acopió esa inspiración sutil, rumorosa y límpida, como linfa pasada por filtro de oro, que, cual las flores del rocío, rezuman los cantos poemáticos de su preciosa creación, «De Israel a Cristo». Cada canto es como joya de excelente factura que acredita a la orfebre de las letras y todos juntos constituyen un precioso monumento de literatura bíblica rematado por la Cruz.

En sus pequeños poemas se encuentra esa recia, potente y viril entonación, esa sonoridad brillante de los poemas clásicos de más amplios horizontes y de acción más completa, y hay armonía, elevación, originalidad, justeza, inspiración abundosa y fresca como surtidor que brota en la entraña del bosque sagrado y sobre todo esto un rico contenido doctrinario, un precioso ideario bíblico con esmaltes de cultura oriental y finos atisbos de filosofía cristiana. De aquí que su poesía sea a veces didáctica, a veces conceptuosa, pero siempre es poesía de buena marca porque la Adler sabe dar color al concepto, relieve a la idea, matiz al sentimiento, ritmo a la palabra, animación y agilidad al verso, posee la técnica maravillosa de enseñar en música, tiene el secreto de servir en artísticos jarrones y



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

copas cinceladas de oro y plata el sagrado licor de la sana ciencia, y, cuando, a través del prisma del vocablo selecto, su pensamiento se hace iris, entonces en sus rimas destella el sonido y canta la luz.

Aunque no lo dijera fácilmente se adivina que ha debido de documentarse para escribir su obra por la que desfilan, al son de su arpa, esculpidas y aureoladas, las grandes figuras de la religión y de la historia.

Adler las sorprende en sus rasgos más emergentes, en su actitud más bella, en su momento culminante de acción o de pasión, toma al punto la lira, sus dedos divinamente imantados buscan la cuerda propicia, y, como los ruiseñores en las ramas de la floresta, saltan las notas, justas y eufónicas, sollozando, cantando, magnificando la virtud de un Patriarca, la misión de un Profeta, la vida de un apóstol, la gloria de la Reina de los Patriarcas, de los apóstoles y de los Profetas.

«¡Dios te salve María
Oh, Madre del amor!
Llena de gracia eres
¡oh, Madre del fervor!

¡Oh, Madre de la gracia!
¡Oh, Madre de las madres!
¡Oh, Madre del dolor!

Concedora del ambiente en que se mueven los personajes, sobria en pinceladas y enemiga de buscar en las palabras vacuas la caja de resonancia, pocos versos le bastan para fijar una semblanza, esculpir una figura, modular un carácter, extereotipar un drama de dolor o un poema de amor.

Así esta estrofa inicial bastaría para describir a María de Magdalo:

Alma resucitada por el amor eterno;
virgen que se desangra en lágrimas de fuego,
y vaso de alabastro florecido en perfumes,
mientras sus labios rezan sin palabras un ruego.

Y toda la vida de Job en su inmenso gemido que la desolación lo denigra y la esperanza lo transfigura aparece desentrañada en estos versos novedosos y bien logrados:

Más Job se retorció en su inmenso dolor:
«¡En mí están hoy clavadas tus saetas, Señor!»

Y Job oyó entonces de labios del Señor:
¡Resurrección el alma a través del dolor;
Resurrección el alma a través del amor;
y el amor y el dolor son signos del Señor!»

Más, ¿dónde están los conflictos espirituales, el choque pasional, el adiós acongojante a la casa paterna, los desgarros del alma que cambia de norte, las huellas sangrientas del drama íntimo, todos esos fenómenos psicológicos que suelen ser el ruidoso exponente de una conversión como la que ha realizado Raquel Adler? Nada de esto se encuentra en su obra. Su lira parece no tener la cuerda del alarido. No era necesario. Su conversión es resultado de un proceso evolutivo y sentimental. La idea mesiánica y la esperanza mesiánica son las alas con las que el alma inquieta de Raquel ha explorado el mundo del espíritu sin hallar descanso hasta que posó su vuelo en la cumbre del Gólgota. Israel con una negación cavó el abismo que ha sido su sepulcro. Adler con una afirmación ha llenado ese vacío saliendo de su vieja tumba sobre los hombros de Cristo glorificado. Jesús era de Israel e Israel debe ser de Jesús. Raquel lo ha comprendido y lo confiesa serenamente en sus cantos religiosos, remansados y apacibles.

Yo diría que las aguas del Jordán reflejan el alma judía hasta el punto donde el Bautista derramó su concha sobre la cabeza del «Agnus Dei», reproduciendo desde allí el alma cristiana. Adler bogaba sobre las ondas del río sagrado, la corriente le empuja y ella se deja llevar, mientras un silbido misterioso le atrae desde lejos. No es el silbido doloso de la sirena, sino el silbido del pastor que le llana a su redil. Así, llevada por las ondas y atraída por el misterio de la gracia, apenas sin darse cuenta, atraviesa la línea donde la tradición celebra el bautismo del Redentor, y, al punto, una nueva brisa crea su frente y a sus cantos de esperanza, que se deslían en nostalgias y tristuras, suceden salmos de triunfo y cánticos de gloria.

Tal aparece la conversión de Raquel Adler sin estallidos ni explosiones.

Su alma es como la onda del Jordán que se desliza suavemente, mansamente, reflejando en ordenada sucesión las figuras venerables y prestigiosas de patriarcas, jueces, reyes, profetas y heroínas, y, por fin, a Jesús, en quien Adler sorprende todos los rasgos de su Mesías y de su Dios. Valien-



temente jura seguirle con la enseña de los elegidos, con la Cruz a cuestas:

La cruz a cuestas voy por el camino
del campo abierto y de la playa inmensa:

¡Oh, mi cruz, doble báculo, hoy ya nada me falta,
y te sigo, te sigo, por la senda más alta!

Mas Raquel no acierta a caminar por el alto sendero de las cimas redentoras sin dirigir a su pueblo una mirada melancólica rociada en lágrimas, al tiempo que le hace este llamado de hija buena:

¡Jerusalén, es el supremo día
de redención para la humanidad!
¡Cómo te espero, oh, día de Gloria
y del pacto simbólico e inmortal,
en que Israel y Cristo se confundan
en un canto de paz y eternidad!

Dr. Juan Mugeta.

Del Dr. Alfonso Durán, Presbítero (La Semana — Santa Fe)

«Si algunos de los hijos de Israel vertiesen una lágrima al leer este canto, Jesús, mi dulce y buen Jesús, acógeme en tu seno porque ya habré vivido para este mundo.»

Así dice en su prólogo la patética poetisa de Israel, la poetisa divinamente enamorada de Jesús, y a quien ha ceñido como a Teresa de Avila con la inmarchitable diadema de la poesía, es decir, de saber imaginar, de saber sentir, de saber expresar.

María Raquel Adler es uno de los espíritus más recónditamente enamorados de Jesús. ¡Cómo lo comprende!... ¡cómo lo siente!... ¡cómo lo ama!...

Su libro «De Israel a Cristo» es su alma toda entera que recorre su historia, y atraviesa el desierto, y llega a Cristo, y abraza y besa la Cruz.

Por eso, aunque todos sus versos resultan más o menos hermosos (siempre hermosos), cuando habla a Jesús o de Jesús, es cuando su corazón como una esponja exprimida, destila, qué digo destila, derrama abundantemente amor divino por toda la totalidad del conjunto.

¡Qué inmensidad de unción en el pequeñísimo espacio de dos tercetos;

«Y de la turba de mirada mustia,
De aquel clamor del llanto y de la angustia
Se me cuajó la sangre de mi raza.

Y de mis ojos arranqué la venda;
Y me alejé en silencio de mi casa;
Ya te sigo, Señor, voy por tu senda.»

Subjetivismo tan intenso, podrá quizá encontrarse en otros poetas: más intenso, no.

María Raquel Adler va captando con rapidez la esencia de los personajes y de los paisajes, y expresa con golpes de luz: pero nunca sus versos alcanzan la preciosidad integral de aquellos en que la visión de Jesús y su místico abrazo la domina.

Esa visión y ese abrazo es quien la trajo a la Religión de su amado: pocas conversiones tan sinceras como la de esta magnífica y magnificente poetisa. Jesús es su gloria, su bien, su Cruz y su paraíso.

En cuanto al valor literario, la originalidad de imágenes, la exacta captación de la esencia poética de las cosas, el dominio de los recursos artísticos le otorgan un sitio muy elevado. Con una mirada domina el conjunto: con una palabra conmueve los espíritus.

Tal es María Raquel Adler, la celeste poetisa del libro «De Israel a Cristo».

De Carlos Ibarguren.

He leído con verdadero interés el inopinado libro de poesías: «De Israel a Cristo» sintiendo intensamente la alta inspiración, y el vuelo místico de esos poemas, con que ha enriquecido a la poesía argentina.

De Gustavo Marlínez Zuviría.

Saluda atentamente a su estimada amiga María Raquel Adler, y le agradece el envío de su bellissimo libro de poesías: «De Israel a Cristo», desbordante de inspiración católica y de gracia poética.



De Alvaro Melián Lafinur.

Encuentro en «De Israel a Cristo» un hondo fervor religioso; que llega por momentos a expresiones del más puro misticismo y un conocimiento de la historia sagrada, y de los grandes padres de la Iglesia, que permiten a la autora evocar con fidelidad y brillantez sus gloriosas figuras, y las gestas triunfales del Cristianismo.

De Juan Pablo Echagüe.

Una rápida excursión a través de los capítulos de «De Israel a Cristo», le ha permitido confirmar la opinión que de las cualidades poéticas de la Srta. Adler se había formado, por el conocimiento de otras obras que revelan un temperamento de poetisa profundamente místico, devorado por las más nobles inquietudes metafísicas.

De Arturo Capdevila.

María Raquel Adler: Quiero que conste en esta página mi admiración por su obra y mi aplauso por su nuevo libro «De Israel a Cristo». Quiero que conste mi alegría también en nombre de mis amores bíblicos. Temí que su libro fuese una encrucijada. No lo es. Antes bien, es un vuelo; un sereno y hermoso vuelo desde los cedros del Líbano hasta lo Alto del Calvario.

Acepte mis mejores recuerdos y mi homenaje.

De Juan P. Ramos.

Comencé a leer el libro con un temor muy grande. Tuve miedo de que usted exagerara el contenido espiritual de su paso de Israel a Cristo.

De estrofa en estrofa la poesía de la idea me fué conquistando. Dice usted algunas cosas hondísimas, y siente al Redentor como si lo hubiera visto vivir y morir. Por eso lo sigue desde la Creación hasta usted misma, que lleva su Cruz a cuestas.

Su inspiración de poeta lo halla en todos los derroteros de la historia. Y vierte su emoción de creyente sobre quienes no han tenido que subir la pendiente áspera, que llevó

su alma de mujer de la enseñanza de Israel a la realidad divina de Cristo. Muchas gracias por su hermoso regalo espiritual.

De Rómulo Amadeo.

Noto en su libro gran sinceridad y sencillez, y percibo la elevación del pensamiento y el aumento de la emoción poética cuando deja el Antiguo Testamento para pasar a Jesu-Cristo.

Mi sincera felicitación y mi voz de aliento para que siga en el hermoso camino de la poesía cristiana.

De Ernesto Palacio.

Su hermoso libro que me prometo solazarme con su lectura completa, me he sentido tocado en lo más íntimo por algunas de sus poesías.

Le envío mi agradecimiento y mi admiración, y espero que no me faltará oportunidad de manifestarle mi alta opinión sobre su poesía con mayor detenimiento.

De José Vasconcellos.

«De Israel a Cristo» es de una rara sinceridad, y me arrancó esa lágrima que usted quiso ver en los de los suyos.

Permítame que le ofrezca el tributo de esa lágrima, yo que por cristiano inmovible soy también de los de Vd. ahora en su nueva familia...

... Dichosa Vd. que halló en la gracia, la valentía necesaria para dar el salto. Encuentro su libro: bello, limpio, ardoroso.

De la Dra. Luisa Luisi (De «La Literatura Argentina»):

En la lírica femenina de América, María Raquel Adler representa la poesía religiosa.

María Raquel Adler viene a agregar hoy al instrumento bicorde femenino una cuerda más: la religión; es decir un misticismo disciplinado objetivado hacia un fin concreto...

«De Israel a Cristo» es un intento de traducir en estampas poéticas, la historia de Israel, tal como figura en el



Viejo Testamento, con sus profetas, sus Patriarcas, sus Mujeres bíblicas desde el Nacimiento de Jesús hasta el drama de su Crucifixión. La poetisa ha emprendido pues una obra de largo aliento y sostenido esfuerzo, digna por todos conceptos de mayor respeto, por el hondo drama animico que palpita en sus páginas, y cuyo desenlace está en su conversión a la que han llegado antes, con menos pura finalidad que ella, muchos de sus compatriotas.

Del Dr. Ricardo Vitorica (La Gaceta del Foro).

... De cualquier manera con esta obra, María Raquel Adler queda definitivamente consagrada no como poeta, que eso ya lo estaba, sino como profunda pensadora, por qué no decir teóloga, ya que ese libro se presenta con una enorme versación erudita, plétórica, de fe leal.

... Desearíamos para este libro una gran difusión, no para con ella cimentar en forma incommovible la reputación bien adquirida de la a justo título apodada «La mística de América», sino para bien de la actual humanidad extrañada en los vericuetos del venal sensualismo, que presiente el buen gusto y emascula el carácter.

De Juana de Ibarbourou.

Mil gracias, querida amiga, por su libro luminoso. La abraza.

Juana de Ibarbourou.

De Ruth Richardson. (del Instituto de las Españas).

Me dió mucha sorpresa y gran placer el recibir su libro «De Israel a Cristo».

Es un libro único, que no pertenece a ninguna clase, y por eso tiene el encanto de la espontaneidad y frescura.

Mi favorito de todos los poemas es «El Camino hacia la Cruz». En efecto el lector siente aquí más exaltación o como se dice en inglés, hay más «lift».

Siento mucho no haberla conocido a Vd. antes de escribir mi estudio; porque si hubiera conocido su poesía, yo no habría escrito:

«The Argentine and Uruguay are inferior in their poetic contribution».

Por supuesto yo pensaba en poetas tales como Rubén Darío, Asunción Silva, Amado Nervo, y otros de la generación pasada.

De Georges Goyau.

Je vous remercie, Madame, pour vos beaux rythmes. Et je suis très touché de votre envoi.

Je puis me rendre compte de l'inspiration qui anime vos pages et je vous en félicite chaleureusement.

Veuillez agréer, Madame, l'hommage de mon respect.

De la Dra. Isabel Creus (De «La Literatura Argentina»):

Alma compleja en su fervor y en sus inquietudes, alma sutilísima y grande la de esta privilegiada poetisa. Se diría que un rito milenario sobrevive en ella y le imprime un sello de austeridad y grandeza.

Acojo con amor y con fervor este libro de María Raquel Adler, que está ungido de fervoroso amor. Se señala su aparición como un acontecimiento literario respaldado en los prestigios, oro de buena ley, que la poetisa ha recogido en su peregrinaje lírico.

...La unidad de este grandioso poema, la amorosa paciencia con que la artista ha cincelado sus estrofas, diríase la de un monje del Medioevo iluminando las páginas de su misal...

Poema de amor y de dolor, cántico de esperanza que habla de la futura redención como de un manantial de gracia para cuantos hombres ierguen con temblor de ternura sus cabezas pecadoras, escrutando ansiosamente a lo lejos, en el sendero que se interna a los inexcrutable la aparición de la figura luminosa del Bienvenido.

De Luis Barrantes Molina (El Pueblo).

Para que obtengan esas gracias ha escrito la Srta. Adler su poema, magnífico por el generoso anhelo que lo inspira y por la caridad apostólica que lo alienta, y singularmente interesante para todos los cristianos, porque al cantar su propia conversión, cuenta el poema de todos los que somos pecadores a pesar de nuestra fe, pues el drama del Calvario contiene nuestro propio drama.



... Estas consideraciones nos permiten apreciar la magnitud del esfuerzo intelectual y moral realizado por la señorita Adler que ha logrado mantener su estro poético a la altura de los sobrehumanos asuntos que trata...

De Enrique de Gandía. (De un discurso en el Ateneo Ibero-Americano).

Esta obra revela toda la vocación de María Raquel Adler que dedica su espíritu y sus versos a la gloria del Señor. Con una gran piedad religiosa y una honda exaltación mística se da a Dios con el alma y toda la razón de su ser. Sus palabras tienen el sonido de las armonías litúrgicas de Dios, unas ansias indefinibles de elevarse más allá de toda realidad terrestre. La autora siente en modo infinito la angustia gozosa de la exaltación mística. Para terminar diré que María Raquel Adler es una poetisa dolorosa y mística. «La mística de la hora actual», como la han llamado muchos.

De Enriqueta L. Lucero (de un juicio crítico):

«De Israel a Cristo» es un bello libro místico que conmueve, enseña y obliga a meditar.

María Raquel, he estado a tu lado en el precioso momento de tu redención.

Creo en el milagro y creo en tí.

De J. Cantarell Dart (de un juicio crítico):

A través de sus cantos, adivínase un alma abrazada al ideal cristiano de inmortalidad en la posesión de Dios.

Es Raquel Adler una poetisa extraordinaria forjada en el yunque de sus grandes inquietudes y dolores, y por eso su verso parece estrella en un cielo de refinada cultura intelectual.

Del Bachiller Carrasco. (La Razón).

Un nuevo libro de M. Raquel Adler. Un libro que es como condensación de las anteriores manifestaciones literarias de «Raquel» y en el que su espíritu se enseña a nosotros pleno de las esencias espirituales que posee. Un libro que nos

muestra la antorcha de la fe, de sentimientos íntima y profundamente místico que enciende a la autora...

¿No hablaron así los místicos de nuestro siglo de oro? ¿No tenemos como un recuerdo de un San Juan de la Cruz en estas mismas palabras que hemos copiado? y como el divino poeta de la mística cristiandad, más encendida Raquel nos canta en versos bellísimos esa misma Pasión de Cristo, que también aquél cantó, a la que tantas veces se refieren sus estrofas perfectas; como son perfectas estas estrofas de Raquel.

Del Dr. V. Lillo Catalán.

Continúa siendo Vd. la encendida milagrosa llama bíblica en la raza. Arde toda Vd. en su fuego interno, como los inspirados místicos castellanos. Para mí, en el que nada influyen los «mercenarios facedores de mentidas famas», es Vd. por su enjundia y por la elevación de su inspiración, la más completa y apasionada poetisa contemporánea del mundo español. — A pesar de que nos distancien fundamentos filosóficos irreconciliables. Pero, puede tanto la poesía, que hasta concilia a veces lo imposible.

De José Eugenio Compiani. (El Diario Español).

«En la constelación de selectos espíritus femeninos pertenecientes a distintos países de América, que más descuellan en el culto de la gaya ciencia, el de María Raquel Adler, irradia con luz propia, desde hace ya tiempo.

...«Pero sobre todo sus valiosas obras poéticas impregnadas de un hondo fervor religioso, son las que en realidad, conquistándole el elogio de muy celebrados críticos, hicieron prestigioso el nombre de su autora en Europa y América, galardón reservado comúnmente para quienes como ella, logran mantener libre de extrañas influencias su tesoro personal.

«Porque se impone reconocer, una vez más entre la numerosa legión de actuales bardos de uno y otro sexo, María Raquel Adler, es inconfundible en virtud del espíritu que anima toda su labor poética, semejante al de los místicos del siglo de oro de la literatura española».



De P. Marañón Etchevere. (De un estudio crítico).

...La obra tiene una finalidad suprema no tentada aun por ningún idealista de este país. Me refiero a la asociación de las dos religiones, que es decir el canto o el acercamiento de dos polos.

...Su verso es fluido, sereno, majestuoso. La erudición bíblica da robustez a su expresión, hondura a su miraje, y sus conceptos demuestran su comprensión del mundo de las religiones.

...Es en síntesis, su libro, el vuelo lírico de un alma mística, por la urdimbre ténue y sutil del antiguo y del nuevo Testamento.

De Oreste Baroffio. (Mundo Uruguayo).

Desde entonces he leído con interés todo lo que ha escrito, y he visto con alegría, como su bello y claro talento, le ha conquistado una alta posición en las letras americanas.

...Ha conseguido Vd. hacer cosas de una belleza admirables. Versos burilados, armoniosos, profundos.

...Yo no soy creyente pero sus versos me han conmovido profundamente.

De José J. Berruti.

Dos palabras solamente: su libro de «Israel a Cristo», me ha conmovido.

De Antonio Acevedo Escobedo. (De Revista de Revistas. Méjico).

Los poemas animados de agudo sople místico, son exégesis de figuras, pasajes y lugares geográficos del Antiguo y el Nuevo Testamento.

...Estas páginas de María Raquel Adler, ilustradas con dibujos debido a Fray Guillermo Butler, dan cumplida fe de un temperamento predestinado a los más lípidos transportes de amor espiritual, que gracias a su mismo origen sincero encuentran voz apropiada en la expresión.

De la Dra. Dolores López Aranguren.

«De Israel a Cristo» no solamente es el libro escrito con el corazón puesto en Israel, como dice Vd., sino que es la obra seria medular, escrita con el pensamiento preso en la inquietud metafísica que embarga a todas las almas, dando así una justificación objetiva del mundo complejo del espíritu.

Del Bien Público. (Montevideo).

Una hija de Israel que ha visto a Jesús y le sigue deslumbrada es María Raquel Adler. La Biblia se ha inundado para ella de luz; las profecías eran un sueño y se han vuelto realidad; una realidad de maravilla, cuyo destello es la gloria de Israel. Raquel Adler es por eso el regocijo del dolor; las grandezas del pueblo escogido cuya sangre lleva, desbordan en salmos de su alma, pero su corazón está sangrando en la Cruz de Cristo como una ofrenda de holocausto.

Habla en sus versos una profetisa encendida de esperanza bajo la lluvia de sus lágrimas. Judía y cristiana es como el símbolo precursor de la unidad definitiva; un sólo cetro para Israel y Judá; esperanza del mundo, para cuando en la viña se juntan los obreros de la hora nona con que fueron llamados al romper el día y ganen todos el mismo jornal.

Es el misterio de esta esperanza, lo que leemos los Cristianos gentiles en las páginas de este libro que nos brinda una cristiana israelita. Nada sabemos de los caminos futuros de la Providencia; pero sí que la misericordia de Dios no se ha agotado para el pueblo escogido, y que éste ha de volver, un día sus ojos hacia el Hijo de David crucificado, para reconocerle su rey. María Raquel Adler nos certifica que hay un pueblo de Israel que ora y que espera...; no será defraudado!

...«percibo en la placidez de un cielo primaveral a Jesús» escribió la poetisa, y toda la inspiración de sus versos traduce la esperanza de este cielo, en una visión profética.

De Rosalía Sandoval.

Estou me deliciando com a sua leitura mystica, onde se encontra emcada verso a sua alma profundamente religiosa. Que Yesus recompensa sua idéa e suo esforço.



De Adelia di Carlo. (De un juicio crítico: «Mujeres de América»).

«El Canto de mis Cantos» así ha llamado la joven poetisa a este libro «De Israel a Cristo». Es tan verdad que sintetiza un juicio sobre su obra.

«De Israel a Cristo» es un refugio místico para todos aquéllos que no están conformes y anhelan salir de absurdo de esta vida presente con sus desórdenes, con su sed de arrivismo, con sus arterias sensuales y embusteras, con el hielo que pone el egoísmo en tantos corazones. Es una evocación luminosa para el alma verdaderamente cristiana, para la vida que siente profundamente a Cristo y procura seguirle.

El talentoso artista Fray Guillermo Butler ha ilustrado este hermoso libro de María Raquel Adler, feliz cultora de la poesía mística, que no es apocalíptica visionaria, ni pintora impasible de personajes y de acontecimientos estupendos, sino alma atenta a fuerzas divinas por las que se siente atraída y que sabe cantar con profunda intimidad.

De Alfredo Cónsole. (De un fragmento de una Conferencia).

María Raquel Adler no siguió la senda común. Sus primeros escritos reunidos en 1922 en el libro «Revelación» arde el pebetero de un amor espiritual que impregna el alma de esencia delicada.

... Su acento religioso viene de lo más hondo de su alma, y por eso tiene fuerza comunicativa; el profano no puede escuchar con indiferencia esas estrofas.

... Al emprender resueltamente la senda de Jesús, María Raquel Adler canta su fe en un libro que es el «Canto de sus Cantos» como ella dice, y que ha impresionado a eminentes escritores de América y de Europa.

... María Raquel Adler ha sido consagrada a través de esos juicios como la poetisa mística de América.

... Es un grito del alma dado con la suavidad de una verdad que se eleva y con la fuerza de una anunciación hecha carne, a tal punto que la conversión de su alma, aspira a ser la conversión universal.

De Ana María Garasino. (De un estudio crítico).

La vida de María Raquel Adler tan como ella misma la describe a modo de introducción conmovedora en «De Israel

a Cristo», es ya una predestinación límpida hacia la conquista del ideal religioso que la inquietó desde la infancia, creando en su sensibilidad naciente, un ardoroso empeño por alcanzar la explicación de esos divinos motivos, cuyo principio es siempre la afirmación de la fe, primera de las virtudes teológicas.

...María Raquel Adler ha extendido su hermosa conversión en las ondulaciones del ritmo y la armonía.

«De Israel a Cristo» primorosamente ilustrado por Fray Guillermo Butler, suscitará a no dudarlo controversias. Lo consideramos un libro trascendente por la exteriorización de la idea; de esa idea que muchos prefieren ocultar al oído escéptico del mundo.

De la Dra. Clotilde Rezzano.

Acabé de leer «De Israel a Cristo» cuando los últimos tintes violáceos y anaranjados se esfumaban en el horizonte y crecía la intensidad brillante del cielo nocturno. Y pensé entonces que ciertos libros para penetrar en ellos, y llegar al espíritu que les dió vida, requieren su escenario; ninguno mejor que el suyo, que el que me tocó en suerte, requieren su hora, de fácilmente más bella, que la que supé elegir.

De Carmen Alicia Cadilla. — Puerto Rico. — (De un juicio crítico).

Ungido por un puro cristianismo, de una intensa religiosidad, el espíritu fino de María Raquel Adler poetisa mística argentina de esta generación en que la mujer hispano-americana ha dado un nuevo perfil a la literatura.

Tocada por la gracia divina su vida se hace oración de paz y convicción.

...Su alta religiosidad pone en cada piedra de la senda por que marcha un toque de luz.

Pocos libros han sido escritos con tan sentida emoción religiosa. María Raquel Adler es en la poesía mística moderna una nueva «Doctora de Avila», porque sus espíritus afines se han hermanado la entrega fervorosa y en la renuncia.

...Hago votos sinceros porque su lumbrera de gracia se mantenga encendida en el horizonte de nuestra generación y sea su voz la esquila de paz que nos torne al redil en momento oportuno.



De «La Nación».

...La conversión de un alma religiosa tocada por el verbo divino, y la revelación del camino de los elegidos es la síntesis de este libro de versos de María Raquel Adler.

La eternidad de los temas bíblicos, la grandeza de las figuras cristianas, y un afán generoso de llevar la verdad a la raza de Israel para su alivio y confortamiento son los elementos estéticos con que la autora compone diestramente su obra de diáfana belleza.

...Obvio es señalar el ejemplo edificante de esta escritora en las letras nacionales. Es singular su actividad mística contrastando con la frecuente frivolidad actual.

...que como las ilustraciones, de Fray Guillermo Butler exornan la magnificencia del tema.

De Rosario Beltrán Núñez. (La Revista Social).

...Es obra mística por excelencia, no tan sólo por los motivos que canta y por el asunto que la inspira, sino ante todo por el fervor que la ilumina y por las secretas éxtasis que descubre.

...Su canto vibra puro, cristalino, celeste, en un arrebatado lirismo celeste, ajeno a deseos o ambiciones humanas.

...en el lírico espíritu de esta poetisa de verdad, que su nueva producción se nos muestra selecta y fuerte.

De Angélica Palma.

La belleza de su libro «De Israel a Cristo» culmina en las férvidas páginas y en el admirable soneto «Yo te he visto Jesús».

De Gladys Thein. (Lecturas — Santiago de Chile).

Es un libro místico, de un misticismo suave y sangriento a la vez. De un misticismo ungido en el aceite aromado del Huerto de los Olivos y empapado en la sangre que se virtió en la Cruz.

...Y tiene una doble virtud este poemario de María Raquel Adler; además de la hondura del pensamiento, sus poemas están impregnados de fe; de esa fe que hizo

balbucear a nuestros labios la primera oración de niños, y que algunos han logrado conservar a pesar de todas las vicisitudes, a pesar de la travesía ardua y atormentada, como el anuncio de otra vida futura y esplendorosa. De esa fe que es promesa y esperanza, que es confianza y optimismo, de esa fe que es una segunda madre para nuestro espíritu y que, acaso, no nos consolemos jamás de perder.

Bienaventurados los que, como María Raquel Adler, pueden creer; de ellos será la Gloria Eterna.

De Isabel Figueras.

Sus poemas bellísimos son al par que un exponente de fe, un himno de armonía que traduce la belleza interior de su espíritu. Iluminada su idea por la divina luz del Cristo que tanto amó a los hombres, ha brotado su libro como un raudal de sublimes sonos, para elevar a las almas... Mis sinceras felicitaciones por tan magno trabajo que la agiganta y embellece.

De Julio B. Gadea. (El Bien Público — Montevideo)

Desde el comienzo de sus obras crecieron sus cantos, flores de santuario, guardadas simientes de bienaventuranza que brotan en estas poesías fervorosas, sinceras y hondas.

...Las profundas vetas místicas se han ensanchado en María Raquel Adler y está toda magnífica de amor divino.

De Juan Carlos Moreno. (De un juicio crítico «Criterio»)

Un acontecimiento literario: «De Israel a Cristo». Considero a «De Israel a Cristo» el mejor libro de verso de este año, una valiosa contribución a las letras nacionales, que se enriquece con la obra de una poetisa mística verdadera, una poetisa que tiene el noble mérito de querer conducir a sus hermanos de sangre por los senderos de la Verdad que ella encontró, y que los otros vacilantes aún no ven.

El volumen se presenta con un pórtico delicado y hermosas ilustraciones interiores, todas del fino artista Fray Guillermo Butler.



De Mario Grecco. (de un juicio crítico).

Todos los países sudamericanos tienen su mejor poetisa. Nosotros también la tenemos. El último libro de María Raquel Adler lo revela. Para leer «De Israel a Cristo» es necesario descubrirse como quien entra a un templo.

De Julia García Games.

«De Israel a Cristo» es como diría Plotino «es luz que ilumina la luz». María Raquel Adler limpia de lo accidental y transitorio el camino que separa al judaísmo del Cristianismo y canta a la Alianza, uniéndose en amor con ella y confundiéndose en su unidad absoluta. Pero este propósito no valdria nada sin el soplo interior que la anima, sino la condujera, en efecto, a una altura espiritual que simplifica y unifica su fe libertándola de todo lo que es limitación.

De María Donata C. de Ascensio. (De un estudio crítico).

He sentido al leer sus versos que mi fe se retemplaba. Su verbo luminoso, semejante al de Jesús, conquista corazones. Créame Señorita, ha conquistado el mío plenamente, un poco cerrado a la esperanza. Ha llegado su palabra plena hasta lo más hondo y lo ha llenado de luz, de paz, derramando sobre él aljófares de bienandanza, de bendición. Poesía tras poesía me fueron ellas devanando el ancho panorama de los siglos idos y he creído vislumbrar, en magnífica visión, aquel pueblo de Israel, tan vejado, donde la multitud pagana vociferaba, escarneciendo al divino Redentor.

De Raquel Sáenz.

He leído «De Israel a Cristo» en estos días de sacro recogimiento porque veo en ellos todo su fervor y la verdad pura de su conversión. Como el mejor devocionario he tenido entre mis manos en estos días ese libro de Vd., y su sinceridad le ha prestado a mi alma por mucho tiempo desviada hacia la apostasía, a fuerza de sufrir las mayores injusticias, la gracia que busca mi alma en todo aquello que puede robustecer su fe. Y he leído su libro como un ejemplo.

Y he pensado una vez más, como la fe es necesaria para

alijerar la vida de su peso atroz. Vd. ha indagado para creer, y por eso yo creo en este libro suyo que es su profesión de fe.

La Unión «De Israel a Cristo».

...Sin pretensión alguna de juicio crítico declaramos que «De Israel a Cristo» es una obra que rebosa de poesía verdadera, recóndita, mística; en sus páginas se bebe a sorbos el lirismo ultraterreno de los libros santos.

De Hortensia Margarita Raffo:

Imposible leerse «El Camino hacia la Cruz» sin un estremecimiento, lo mismo que ese horror que se arrastra que son los versos a Judas. Magnífica la «Resurrección». Reconfortante la composición de la terrible paciencia de Job. Libro fuerte y grande, libro de trabajo y amor.

De A. García Mellid.

He leído «De Israel a Cristo» con el vivísimo interés que siempre me suscita su meritoria labor poética.

Su libro es de un patetismo desgarrador, que ha de conmover —no lo dudo— aún a aquellos que no participen de la tentura espiritual (hondamente mística y buena) en que usted se ha colocado para sentirlo. El triple camino de renunciamiento, depuración y ascensión que su alma ha recorrido, con persistencia que es flor de su sinceridad, queda admirablemente documentado en este libro de una madurez promissora, que revela que su espíritu ha sido ganado para la divina confortación y el éxtasis teologal. ¿Que mucho decirle, entonces, que así realiza usted la suprema aspiración del artista que consciente de la perennidad de sus voces, quiere hacer de su corazón Uno con Dios, en los círculos cósmicos de siempre eterna y fluyente poesía?

De José Portogalo.

Yo no sabría definirle exactamente la impresión que me produjeron sus poemas. Le advierto a usted que soy un profano en materia religiosa, entiendo religión, aquí, por catoli-



cismo o judaismo, y los nombres se me escapan como las travesuras de los niños, en una partida de juegos. Pero fué algo así como un deslumbramiento. Al principio una marea subterránea, de voces oscuras, que de súbito se aclaran y se izan en vilo sobre los hombres, sobre la carne de los hombres, sobre la ciudad de los hombres.

El acento grave, henchido, de salmo de órgano, de su voz honda y profunda logra penetrar mi espíritu, mi alma, como un hondazo certero que abre un surco en las nubes.

... Todo su libro nos da una actitud, un fervor, una hondura y una intensidad religiosa, tal, que no en vano me trae usted el similitud de la raíz ignorada que se aferra a las entrañas de la tierra para vitalizar los frutos. Es usted una auténtica «sentidora» en la más clara acepción que da Unamuno a esta palabra, y para atestiguarlo le arrimo a usted todo ese alto poema suyo: Jesu-Cristo.

De Carmen Piria.

Aquí ha encontrado su estro. Admirable, profundo, magno, y dentro de una ingeniosa levadura de eternidad, necesario a todo espíritu sediento de verdad.

Un magnífico hosanna, en fin, digno de la gran poetisa María Raquel Adler.

De Juan García Orozeo. (De una Conferencia).

A pasos gigantescos ha trazado la evolución experimentada en sus libros por este valor de la poesía americana que se llama María Raquel Adler.

... Uno de los más culminantes poemas del libro es «Jesu-Cristo», vibrante, hondo, exaltado de amor y de dolor...

... Más adelante se destaca el soneto «Roma», que es, sin duda, otro acierto de la poetisa. Ha concentrado en él lo que significa la Ciudad Eterna, para la religión cristiana.

... que ha encendido el alma de María Raquel Adler y ha iluminado su voz para estas canciones, que han de quedar en la literatura argentina como la admirable expresión de un gran espíritu.

De Aída Moreno Lagos. («La Libertad» Santiago de Chile).

Hay algo raro en sus grandes ojos oscuros, algo profundo y luminoso como sus pensamientos.

.... Una línea fundamental: la de su misticismo, misticismo que va subyugando su alma y que busca para sí un contenido viviente dentro de una producción original, vigorosa y elevada.

.... Para usted, Raquel Adler ha llegado su momento. «De Israel a Cristo» es toda una revelación.

De La Prensa.

El paso dado por su estro poético es ahora definitivo; lo impregna desde la primera hasta la última estrofa, de fervorosa unción cristiana.

.... Constituye de verdad un hecho nuevo dentro de los anales de nuestra literatura.

.... En cuanto a la parte artística podriase decir que en determinados pasajes alcanza a transmitir el poema de este libro, la idea de grandeza que hay en La Biblia.

De María Rosario Cipriota:

«De Israel a Cristo», es un libro que historia la vida de un alma que insensiblemente llega a unirse a Dios. Yo veo en él, como un florecimiento de amor; y no puedo dejar de repetir las palabras evangélicas:

«Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba.»

De Zulma Núñez. (El País, Montevideo).

En María Raquel Adler se ha reconocido ya por muchos críticos una de las mujeres más interesantes de la Argentina. Esta opinión que le ha dado enorme prestigio como poetisa de alto vuelo viene a refirmarse ahora con «De Israel a Cristo», debido a la pluma vigorosa de esta artista del verso, poemario intensamente inspirado en una doble fe.

La religión del arte, taumaturgo poderoso y la que ya inspiró antes los soberbios arrebatos de Santa Teresa y el inmenso fervor poético de Sor Juana Inés de la Cruz.

Del General Francisco Medina.

... Es así como Cristo retribuye a través de los siglos el favor de la Samaritana en una de las flores escogidas de



Judea, transplantada al occidente para dilatar en el mundo su perfume. Así hablaron David y Salomón; así María Raquel Adler emite la música de sus fibras transformadas en cuerdas eólicas, difundiendo su fuego y su fe, como en los Salmos y en los Cantares lo hicieron antes aquellos principes del Señor y de la sagrada inspiración.

De Noticias Gráficas.

Se trata de un libro de poemas de la única poetisa mística del género con que cuenta nuestra literatura.

Augusta.

Infatti con poemi riusciti el con alto spirito cristiano commenta tutta la vita dell'Apostolo che vuol glorificare col suo libro in occasione dell'anno Santo.

Guidizi di opere precedente de questa noble scritture consolidano il suo valore e la sua capacità.

De Doryan (Noticias Gráficas).

...Una aureola de simpatía amplia, una presunción de brazos abiertos anticipa a su espíritu dispuesto a toda bienvenida emocional. La mirada segura y luminosa es un derroche de comprensión, y en la frente, un tono, un ángulo, algo indefinible, anuncia el alma impoluta.

...María Raquel Adler tiene en el espíritu hecho carne, y en la carne hecha espíritu la intención de un mundo mejor.

Por eso la poetisa, siempre está construyendo en un mundo invisible la imagen más bella de su mejor poesía.

De Adela García Salaberry (La Revista Social).

Todo lo canta con unción y exaltación divina María Raquel Adler, que ha conservado las principales verdades de la Tradición Cristiana en la concepción armoniosa y superior de sus poesías. Prueban, también, con belleza y con emoción que son hijos del conocimiento auténtico de una religión imposible de fingir.

...Expresado en poesía como una creación angélica.

De El Argentino (La Plata).

Libro de erudición, si se quiere del problema social que dividió en dos razas distintas el viejo tronco del Cristianismo.

De Caras y Caretas.

Hay páginas en esta obra que consagran a María Raquel Adler como una de las más verdaderas poetisas de nuestra América.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar





HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar



HUELLAS **FEMINISTAS**

www.huellasfeministas.com.ar

